



PROGRAMA
INTERUNIVERSITARIO
de
HISTORIA POLÍTICA

Claudia Torre

Literatura en tránsito

La narrativa expedicionaria de la
Conquista del Desierto

nuevo— miraba mucho más hacia el sí mismo, al nosotros. El sí mismo que era otro, lo no explorado: lo propio. La interrogación transitiva. La propia identidad. El reconocimiento.

Desierto-mundo o de cierto mundo

Entiendo que gran parte de lo que he hecho es un ejercicio de imaginación. Luego de leer y estudiar, durante años, estos libros y las vidas de sus autores he tratado de “entrenar” —como pedía Hannah Arendt— mi “imaginación crítica” para poder pensar cómo era el mundo al que pertenecieron estos hombres. Un mundo muy diferente al nuestro, con representaciones atravesadas por otras directrices. He tratado de deshacerme de mis estereotipos y mis prejuicios y de las formas que yo hubiera deseado que ese mundo tuviera. Más allá de que lo haya logrado o no, yo quise entender cómo funcionaba ese mundo de varones.²⁷ Un mundo en el que el oficio intelectual no era exclusivamente urbano, en el que la aventura y la destreza física se entrelazaban con las habilidades de la escritura y de la política, un mundo en el que la exclusión al otro hablaba de la proximidad del otro. Quise entender la complejidad de aquellos que rechazaban a los indios y que al mismo tiempo fueron los que más se aproximaron a ellos.

En 1879 la distancia entre Puan y Curumalán ofrecía ciervos pampeanos y avestruces y volaban martinetas de alas coloradas, como contaban los científicos Adolf Doering y Pablo Lorentz. El viento despiadado, las extensas jornadas itinerantes por tierras lejanas, la cacería humana, el deseo de lo desconocido, la muerte, los sueños imperiales pero sobre todo el verdadero abismo que atravesaba los pensamientos de esos hombres cuando se adentraban más allá de la frontera, constituyeron ese mundo. Un mundo clausurado, ante nuestros ojos del siglo XXI, pero que todavía pide ser explicado.

“Ese inconveniente tenía la pampa: que uno rara vez podía pasar de largo ante sus semejantes aunque no tuviera nada que decirles” (César Aira, *La liebre*).

²⁷ Yo pensé que éste —como otros mundos de la Argentina del siglo XIX— también era un mundo de mujeres pero no fue así. Ciertos trabajos recuperan protagonismos de esposas, hermanas, cuarteras, fortineras, cocineras de los soldados. Pero lo cierto es que las mujeres no hicieron la *Conquista del Desierto*.

Capítulo I Escrituras del estado. Escrituras institucionales

La intervención del Estado

“Recién llegado y sin saber nada de las lenguas del Levante, Marco Polo no podía expresarse sino extrayendo objetos de sus maletas y señalándolos con gestos, saltos, gritos de maravillas (...) Con el paso del tiempo en los relatos de Marco las palabras fueron sustituyendo los objetos y los gestos: primero exclamaciones, nombres aislados, verbos secos, después giros de frases, discursos ramificados y frondosos, metáforas y tropos. El extranjero había aprendido a hablar la lengua del emperador, o el emperador a entender la lengua del extranjero”.

Las ciudades invisibles

ITALO CALVINO

La primera marca, y la más explícita que la narrativa expedicionaria exhibe es su fuerte carácter institucional. Se trata de obras vinculadas a gobiernos, ministerios y asociaciones científicas que participaron no sólo en el financiamiento de los viajes que antecedieron a las obras y a sus ediciones y re-ediciones sino también en la elaboración de su contenido.

Ahora bien, esta intervención no es la única matriz constitutiva porque ellas no sólo narraron experiencias de estado. También contaron experiencias personales, apelaron al nombre propio para establecer posiciones e intervenir en debates y sobre todo fueron obras escritas en primera persona. Una primera persona que tuvo funciones muy diversas: representar el nuevo orden, ratificar el exceso, someterse al rigor de un nosotros estatal,

definir una posición opuesta al consenso y colocar, desde luego, al sujeto que escribía como un protagonista.²⁸

De modo que la segunda marca, no tan explícita que esta narrativa ofrece es la tensión entre la-s institución- es y el yo.²⁹

En este capítulo me detendré en el carácter institucional de las obras para pasar en el capítulo siguiente a su carácter autobiográfico.

Las instituciones –entendiéndose por ellas las organizaciones fundamentales de un estado o sociedad y, en consecuencia, los órganos constitucionales del poder soberano de una nación– están vinculadas, en la Argentina, a partir de 1870, a la formación del Estado Nacional y a la construcción de la República. Si se tiene en cuenta no sólo la formación de partidos políticos sino también la política de comunicaciones y obras públicas, la nacionalización del Correo de Buenos Aires, la construcción de tramos de los Ferrocarriles del Sud, del Oeste y del Norte, la reorganización del sistema tributario y del aparato recaudador, el Censo Nacional de Población, las primeras colonias de inmigrantes, el surgimiento de los colegios nacionales públicos, el subsidio a la educación primaria provincial y la reorganización de la educación universitaria que ya el Gobierno de Bartolomé Mitre (1862-1868) había impulsado, se puede observar una “compleja trama institucional”.³⁰

²⁸ El carácter institucional de estas obras ha conducido a veces a un tipo de lectura que sólo se detuvo en la identificación del autor con la institución. Por eso muchas de ellas han sido leídas como voces pasivas, impersonales, casi amorfas o como una constatación de principios esencialistas que regían las instituciones argentinas del siglo XIX. Sin embargo, se trata de obras activas que, al representar a las instituciones, se han impuesto la tarea de cuestionarlas, modificarlas y refuncionalizarlas.

²⁹ Propongo leer la impronta autobiográfica de estas obras. Se trata de formas muy específicas de decir yo. Formas que no respondían a la supuesta “libertad” que el relato personal, la memoria, el diario íntimo promovían. Formas que la escritura institucional desestimaba o –en el mejor de los casos– fiscalizaba (pensando en esa fiscalización como en un empobrecimiento para las formas de expresión). Los debates pertenecientes al campo de estudios sobre la autobiografía como género, enfatizan las complejas maneras que tiene un texto de representar a un sujeto. Desde las primeras posiciones contractualistas de Phillipe Lejeune hasta las posiciones deconstruccionistas de Jacques Derridá y Paul De Mann, el centro neurálgico de los debates sobre la autobiografía ha sido el cuestionamiento a las posibilidades efectivas de representación de ese yo. A pesar de la complejidad que han demostrado estos debates todavía persiste la idea de que en los textos institucionales y en las documentaciones del estado ese yo está ausente. David Viñas escribió sobre la obra de Francisco P. Moreno: “El sujeto no aparece o se disuelve en la estructura gigantesca y escurridiza del se: “se da”, “se produce”, “se hizo”. Nadie entonces. Responsabilidad de ninguno por lo tanto.” (“El Perito Moreno, experto en fronteras y en otros detalles (1879)” en *Indios, Ejército y Frontera*. Siglo XXI, 1982).

³⁰ Lettieri, Alberto R. *La República de las Instituciones. Proyecto, desarrollo y crisis del régimen político liberal en la Argentina en tiempos de la organización nacional (1852-1880)*. Buenos Aires, El Quijote, 2000.

Durante el gobierno de Sarmiento (1868-1874) las instituciones republicanas continúan en expansión pero además se produce –junto con la institucionalización– un proceso de centralización administrativa (Lettieri, 56, 2000). Con el Censo (diseñado por el gobierno de Mitre pero efectivizado durante la presidencia de Sarmiento) se obtuvo la cifra de la población argentina no aborigen: 1.7000.000 personas. Se creó el Observatorio astronómico de Córdoba y la Comisión de las Bibliotecas Populares. En materia castrense, se creó el Colegio Militar de la Nación, la Escuela de Náutica y la Escuadra Nacional, también el Arsenal de Zárate y se dio, además, forma a la ley de Reclutamiento. Se creó el Código Civil y el Banco Nacional. Todo este entramado lleva a la concentración del poder en el plano de las dirigencias, así como de ampliación del escenario de la política y del afianzamiento de las prácticas republicanas.

Teniendo en cuenta que ese entramado institucional posterior a 1870 distaba mucho de los programas y diseños republicanos de Sarmiento y Alberdi, las instituciones en el último tercio del siglo XIX no habían culminado aún su proceso de afianzamiento y de conformación definitiva. Muchas de ellas todavía presentaban vaivenes propios de una formación y consolidación muy reciente y en el ensayo de la prueba y el error van construyendo perfiles que sólo más adelante se van a volver definitivos. Por ejemplo, el Ejército era una institución fuerte en este período y está en proceso de modernización. Sin embargo, todavía estaban en discusión los modos de profesionalización que iban a derivar –entre otras cosas– en la creación del Servicio Militar Obligatorio, recién en 1902. Es decir que el debate en relación al disciplinamiento de las milicias, en el momento de realizarse la *Conquista del Desierto* no estaba definitivamente resuelto. Otro ejemplo: el *Instituto Geográfico Argentino*. Si se cotejan los índices de sus valiosos Boletines, desde su fundación de 1879 en adelante, se puede observar que, mientras que los primeros ofrecían noticias, exploraciones científicas y descubrimientos geográficos del territorio argentino, a medida que avanzan los años, éstos van dejando lugar a relatos de tecnologías de guerra o de conquista territorial o a la participación en *Exposiciones Universales*. Es decir que se produce un pasaje de las funciones científicas y geográficas de carácter nacional a las acciones bélicas de carácter internacional que prefiguraban la Primera Guerra Mundial en ciernes.

Por lo tanto cuando se piensa en instituciones hacia fines de siglo XIX debe pensarse en que éstas están sometidas a procesos que si bien tienen un alto grado de definición, éste aún no ha concluido. La misma “zanja” de Alsina que el Ministerio de Avellaneda había promovido como una obra racionalista para contener a los indios maloneros en sus invasiones a las

estancias bonaerenses, había sido objeto de importantes debates cuando era proyecto, durante el momento de su construcción y puesta en marcha y *a posteriori* de su clausura.³¹ En ese estado de constitución y de afianzamiento simultáneo gran parte de la tarea que las instituciones se asignan es la de participar en la producción de saber.

Los escritos de las expediciones militares, los relatos de cronistas civiles, los relevamientos topográficos, hidrográficos, orográficos desde el Río Negro hasta el canal del Beagle dieron lugar a géneros de transmisión del saber: viajes, informes, libros, folletos, cartografía, folletos para exposiciones, conferencias. Esa producción no fue el fruto de intereses individuales y privados sino de proyectos colectivos en los que el estado jugó un papel central.

La *Memoria del Ministro de Guerra y Marina* presentada al Congreso Nacional en 1877, cuando Alsina era ministro de Avellaneda, relataba los pormenores de la frontera. La “zanja” había sido construida para eliminar la gran curva que presentaba el recorrido de la frontera bonaerense en su parte central. Al acortarla en unos 186 km., se habían “ganado” al desierto muchos kilómetros cuadrados de tierras vírgenes y había sido posible entre otras cosas, el levantamiento de cinco pueblos en la campaña. Esa memoria contiene cinco Informes de los Jefes Superiores de la primera línea, un Informe del ingeniero Alfred Ebelot, (quien dirigía las obras de defensa) un Informe del Sargento mayor de Ingenieros Jordan Wisocki, un Informe de la Comisión auxiliar de frontera, un informe de la Comisaría de Guerra en el Azul, un informe del Inspector del Telégrafo Militar. Se trata de una excelente compilación de textos sobre la frontera. En ella se puede ver el cruce entre los debates partidarios y la lucha política interna en Buenos Aires y la existencia del “desierto” (poblado de indios) como un problema que, sin embargo, no lograba imponerse entre las preocupaciones de los sectores de poder de Buenos Aires.

“Atacan el foso y no le reconocen eficacia como medio defensivo o como obstáculo, porque razonan como razonarían si las masas salvajes fuesen ejércitos regulares perfectamente armados y provistos de todos los medios que ponen en movimiento el progreso y la riqueza de las naciones”³²

³¹ El estado se presenta en este período como un “espacio de agentes sociales y de instituciones con intereses y tradiciones no siempre compatibles entre sí, que se ha transformado, en repetidas ocasiones en la Argentina como resultado de cambios institucionales bruscos, que redefinen organigramas, funciones y carreras”. (Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (compiladores) *Intelectuales y Expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2004) Es decir que se trata de un universo cambiante y fragmentado.

³² Alsina, Adolfo, *La nueva línea de frontera. Memoria especial del Ministerio de Guerra y Marina*. Año 1877. Buenos Aires, Eudeba, 1977.

¿En qué consistió concretamente la intervención institucional del estado?

En primer lugar, en la práctica del encargo. Se pedían obras escritas: textos que eran encargados a sus autores por otros, es decir que, antes de que se escribieran se planteaba la necesidad de su existencia. De alguna manera, eran textos concebidos previamente desde un imaginario bélico de impronta prusiana que otorgaba importancia a la escritura de obras que luego serían claves en la discusión de estrategias y en la realización misma de la conquista territorial.³³

Para responder a esa demanda, estos textos se escribieron desde la experiencia personal o epocal sobre la frontera, pero lo cierto es que, en la década del 70 del siglo XIX, los textos que habían sido escritos sobre la cuestión frontera y sobre las expediciones patagónicas comienzan a resultar insuficientes.³⁴ Sin embargo, el hecho de que fueran insuficientes no implicaba que fueran innecesarios porque la Narrativa Expedicionaria de la conquista va a acudir a ellos, en particular a los que formaban parte de la monumental compilación realizada, durante el período rosista, por Pedro De Angelis. La *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata* publicada en 1836 en Buenos Aires por la *Imprenta del Estado* resultaba un archivo único y valioso sobre el tema frontera.

A partir de 1870 se produce una intensa referencia a esa compilación cuando, al querer producir nuevas obras, los autores apelan a ese archivo. Roca era muy afecto a las *Memorias* de Pedro García sobre las Salinas Grandes compiladas por el intelectual napolitano. Al mismo tiempo, entonces, que ese archivo se redimensionaba y se proyectaba, se convertiría en un material que refería una etapa que comenzaba a ser clausurada.

Las nuevas obras excedían el archivo reunido por el intelectual rosista porque referían nuevos problemas de la frontera vinculados a la percepción de que los malones indios no eran ya un problema de seguridad de las poblaciones y de las policías rurales sino que se había convertido en una situación que involucraba al propio Estado nacional e inclusive a su política internacional. Estas nuevas obras que no formarían parte de un archivo sis-

³³ Durante la primera mitad del siglo XIX se consideraba a la guerra como algo ajeno a la política de los gobiernos y de las clases interesadas. Sin embargo, Karl Von Clausewitz (1780-1831), general prusiano que participó en las guerras contra la Francia de Napoleón como oficial del Estado Mayor de los Ejércitos prusianos y rusos y que fue director de la Academia Militar de Berlín entre 1818 y 1830 afirmaba que la guerra era la continuación de la política por otros medios y sus tratados de ciencia militar resultaron muy influyentes en la cultura militar del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX.

³⁴ *La descripción de la Patagonia* de Tomás Falkner (1774), los informes de Pedro García sobre las Salinas Grandes, la obra de Musters, la información aportada por el *Diario de la Expedición al Desierto* después de la campaña de Rosas de 1833, por citar solo algunas.

temático, como las anteriores, tendrán una función específica: actualizar la información existente y volverla funcional a la nueva política de frontera.

Se puede considerar que ésa es la función que las instituciones del Estado le conferían a esta escritura: la de una nueva versión sobre la frontera.

En segundo lugar, el Estado también participará activamente en la producción ofreciendo datos, informes, cartas, demandas que resultan de los debates parlamentarios, cartografía, información científica.

Ahora bien para que estas empresas no queden reducidas a un trabajo individual y solitario, el estado, en tercer lugar, intervendrá activamente en la edición y publicación de las obras poniendo al servicio de ella sus imprentas o pagando los derechos de impresión a las imprentas y editoriales más prestigiosas de Buenos Aires, o en algunos casos a las imprentas de los periódicos.³⁵

En cuarto lugar, el Estado intervendrá también en los procesos de circulación de estos libros, destinándolos a los oficiales del Ejército, haciendo donaciones tanto a las Bibliotecas Populares –que habían sido creadas por Sarmiento unos años antes– como a las instituciones científicas, ofreciéndolos a los diputados y senadores que intervenían en los debates parlamentarios sobre la cuestión fronteras y destinándolas a las Exposiciones Universales y a los Museos. Así esos libros comienzan a formar parte de un mercado amplio que promociona, vende y exporta obras de viaje, en particular, pero también libros vinculados a saberes específicos tales como geografía, zoología, botánica, hidrografía y antropología. De esta manera el Estado, al ocuparse de estas obras, materializa su intervención en la producción y circulación de saberes específicos vinculados a la modernización. Esta función de intervenir en la producción de saberes específicos, sin embargo, no es nueva en la Argentina del siglo XIX. Sarmiento incentivaba una cultura de promoción y sistematización de saberes científicos y tenía una política programática de importación de esos saberes. Muchos viajeros habían venido a la Argentina pero lo que durante la etapa rosista había sido un ingreso no planificado, durante la presidencia de Sarmiento se convertiría en programa. Y esa fue la cultura que heredó el Estado del 80.³⁶

También hay que señalar que este mecanismo de producción y circulación de las obras adquiriría cada vez mayor legitimidad y se iba instalando en el campo cultural de la Buenos Aires de entonces, lo que hacía que algunas obras que no eran “encargadas” o que no estaban vinculadas tan

estrictamente con las instituciones, anhelaran la pertenencia a ese circuito y trataran de reproducir en su interior estos mecanismos que, por cierto, generaban consagración.

En este sentido, las cartas, las autorizaciones, las menciones a las instituciones y a los funcionarios o ex funcionarios del estado resultaban fundamentales para los autores que anhelaban para sí la gloria de referir o hasta de resolver importantes “asuntos de estados” o “asuntos patrióticos” o “asuntos urgentes que hacen a la vida nacional” o a los “intereses de la República” y que deseaban para su obra la imagen de “texto institucional”.

Con este fin –el de formar parte de ese tipo de obras *necesarias*– muchas veces la correspondencia privada se hacía pública y la dedicatoria funcionaba como anzuelo para procurar una carta de agradecimiento que luego sería parte de la obra a publicar.

El hecho de que se hubieran escrito esos libros que, no siendo estatales, aspiraban a serlo era una prueba de cómo se había instalado ese modo de escritura y de consagración intelectual o editorial en la cultura de finales del siglo XIX en la Argentina

¿Cómo eran esos acuerdos entre quién encargaba–demandaba el texto y quién efectivamente lo escribía? Voy a describir estas relaciones a partir del funcionamiento de varias obras específicas: *Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sur* de Álvaro Barros, *La Conquista de Quince Mil leguas de Estanislao Zeballos*, *Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879* de Adolfo Doering y Pablo Lorentz (en este apartado tendré en cuenta también otras obras como *Mis Exploraciones y Descubrimientos en la Patagonia (1877-1880)* de Ramón Lista y el *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro*. De Manuel Olascoaga) y por último las *Gestiones del Arzobispo Aneiros. A favor de los indios hasta la conquista del desierto*, el *Diario del Capellán de la Expedición de 1879* de Antonio Espinosa, así como las cartas del sacerdote salesiano Giacomo Costamagna.

La construcción de un problema: la conquista como hecho necesario

La mayor parte de los estudios sobre la *Conquista del desierto* trabajan con el presupuesto de que al momento de realizarse la conquista, ésta era un hecho instalado de manera paulatina y homogénea en la sociedad argentina de entonces. Pero, en rigor, no hay elementos para corroborar esa hipótesis. Hubo que construir la idea de que la conquista era un hecho necesario e indispensable. Pocos episodios de la historia argentina han sido impuestos en la vida política de manera tan contundente. Preparar la conquista im-

³⁵ La venta de libros y la actividad editorial se desarrollan, en la década del 70 en Buenos Aires, en estrecha vinculación con el periodismo.

³⁶ Véase *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX* de Marcelo Montserrat. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.

plicó la construcción de un estado de legalidad en torno al exterminio, la construcción de una confianza en el uso de la tecnología para la guerra y para el poblamiento de la frontera y el refuerzo de las prevenciones ante una supuesta demanda chilena en relación con las cuestiones limítrofes.

La *Guerra del Paraguay* (1865-1870) —o *Guerra de la Triple Alianza*— había dejado un saldo escalofriante de muertos y —al mismo tiempo— la conciencia de que era posible preparar un Ejército para una contienda importante. La Argentina, a diferencia de Brasil, había tenido que armar en pocos meses un ejército de 10.000 hombres.³⁷ La conformación de un Ejército Nacional, moderno, operativo y eficaz sería una tarea posterior a esta guerra porque hasta ese momento, la milicia sólo se lucía en contiendas provinciales o en reyertas de caudillos y de poderes fragmentados. Con esta guerra, que enhebró desbordados costados horrorosos (niños menores de siete años que morían en combate, enfermos que morían desnutridos en el hospital de campaña, una soldadesca *amateur* y subsumida en una pobreza extrema) se materializó la idea de ampliar y modernizar un Ejército.³⁸

En esos mismos años, en el plano interno, Callvucurá organizaba y distribuía los poderes de las tribus. El más célebre e influyente de todos los caciques de la Araucanía ya había hecho gala, en años anteriores, de su disposición para la diplomacia, no sólo en sus acuerdos con diversos gobiernos de Buenos Aires sino también en el mérito de haber podido reunir y cohesionar a tribus que, por muchos años, habían permanecidas dispersas. Ahora bien, después de la caída de Rosas se rompía el delicado equilibrio del gobierno de Buenos Aires con la Confederación de Salinas Grandes y los indios, como no podían negociar sal y cueros atacaban las estancias de Buenos Aires entre 1850 y 1870. La línea de frontera prácticamente volvía a ser la misma que en 1830 (antes de la Expedición de Rosas).³⁹ Si se considera que sólo unos 1500 hombres, aproximadamente, la custodiaban —en el período de la *Guerra de la Triple Alianza* muchos soldados de las comandancias de frontera habían sido destinados a las trincheras de Curupaity y por eso

³⁷ Mientras la Argentina “armaba” un ejército, Brasil duplicó y modernizó su escuadra naval. Para los países de la Alianza (Argentina, Brasil, Uruguay) la guerra fue un campo de experimentaciones de armamentos, transportes y comunicaciones de la época. Fue una guerra profundamente sangrienta en la que murieron más de un millón de paraguayos, 170.000 brasileños, 25.000 argentinos y 3.000 uruguayos.

³⁸ El estupendo libro de Miguel Ángel Cuarterolo, *Soldados de la memoria. Imágenes y hombres de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires, Planeta, 2000, recopila fotografías tomadas en los campos de batalla, así como de oficiales y soldados de acuerdo a la retratística de la época.

³⁹ Véase *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina* de Carlos Martínez Sarasola. Buenos Aires, Emecé, 1992. Segunda edición 2005. Especialmente el capítulo V “La quimera de ser libres”.

la frontera quedaba desguarnecida— la protección que podían ofrecer los fortines era casi inexistente.

Ambos acontecimientos —la guerra y el ocaso del poder de Callvucurá— resultaron cruciales para las obras que tratan el tema de la frontera y que fueron publicadas antes de la Expedición de 1879. Estas obras prepararon, aunque no siempre de manera explícita o consciente, el terreno, para una avanzada más definida sobre los indios y los territorios. A saber: *Consideraciones sobre fronteras y colonias* (1869) de Nicasio Oroño, *Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sur* (1872) de Álvaro Barros, *La Patagonia y las tierras australes del continente americano* (1875) de Vicente Gil Quesada, *Sobre la guerra con los indios y la defensa de la frontera en la pampa* (1875) de F. J. Melchert, *La Guerra contra los indios* (1876) de Álvaro Barros, *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia* (1877) de Ramón Lista, *La nueva línea de frontera* (1877) de Adolfo Alsina y *La conquista de Quince Mil Leguas* (1878) de Estanislao Zeballos.

Santiago Arcos. La previa

“Cuestión de indios” de Santiago Arcos⁴⁰ es un folleto que se escribió diez años antes que el conjunto de obras mencionadas en el apartado anterior y que podría formar parte de este *corpus* porque propone un plan específico sobre la traslación de la frontera que será muy similar al utilizado por Roca casi 20 años después.⁴¹

Todas las obras tenían en común el hecho de que iban construyendo argumentaciones para que tuviera lugar una ofensiva eficaz y moderna. Y sobre todo, iban generando un estado de necesidad de esta avanzada que parece querer mostrar de una manera más cohesionada la guerra de la frontera pero que en realidad estaba denunciando justamente la falta de cohesión o

⁴⁰ Sorprende la visión de este autor chileno, amigo de Lucio V. Mansilla, guerrero del Paraguay y de guerras españolas y que luego simpatizó con el anarquismo, tan interesado por el problema argentino de la frontera. Nacido en Santiago de Chile en 1822, hijo de un sargento mayor e ingeniero del Ejército de los Andes. En su juventud se educó en Inglaterra, primeramente, y en Francia, más tarde, donde se había radicado su padre. Viajó por toda Europa y regresó a Chile en 1847. Mezclado en cuestiones políticas debió emigrar y se estableció en Buenos Aires, donde actuó en la Batalla de Caseros y en la Batalla de Cepeda. Era además un buen dibujante. Publicó en París con Michel Levy Frères, un libro en francés, aparecido en París en 1865: *La Plata. Etude historique*. Se suicidó arrojándose al Sena a mediados del año 1874. En *El Nacional* del 27 de octubre se da la noticia y en *La Tribuna* del 31 del mismo mes, Sarmiento da una noticia biográfica estudiándolo como escritor y político.

⁴¹ Arcos, Santiago (1860), “Cuestión de indios. Las fronteras y los indios”. Buenos Aires, Imprenta de J.A. Bernheim, 1860.

de sistematización de ese enfrentamiento. A partir de lo cual, encarnaron un imperativo: construir consenso con respecto a la entidad del territorio y a la de los indios. Se volvió necesario, entonces, revisar el imaginario que habían provisto las obras de los viajeros al interior del territorio, desde los primeros en el siglo XVIII, hasta los más cercanos a la experiencia expedicionaria: Darwin, D'Orbigny, los viajeros ingleses. A su vez, la revisión de ese imaginario iba a proveer diseños para las formas de escrituras que se ensayaban en esos escritos sobre el viaje a la frontera.

En los años 70 del siglo XIX se iba instalando paulatinamente, en el clima de discusión de Buenos Aires, la idea de que la ofensiva dura contra un “enemigo común” definiría cuestiones claves del programa modernizador en todo el territorio de la República Argentina. Es por esta razón que las obras tendían a homogeneizar la figura y la entidad de indios y tribus muy diversas no sólo por sus costumbres y por la geografía que habitaban sino también por su cercanía con Buenos Aires y por sus diferentes (y en algunos casos inexistentes) relaciones con Buenos Aires. Aún la narrativa científica que era la que más demostraría esas diferencias entre los indios patagónicos y los de la zona céntrica soslayaba, muchas veces, esas diferencias a una grilla común a partir de lo que podría llamarse una “semántica de lo salvaje”. Se trataba de convertir al prójimo en otro. Y ese otro no podía ser plural y diverso. Debía ser uno y claramente identificable, claramente detectable. En nombre de la “civilización” se cuestionaban las marcas indígenas étnicas más genéricas y se las pensaba como peligrosas: el nomadismo, la cultura económica y sus formas de producción así como la religión politeísta.

Lo primero que resultaba evidente era que estas obras trabajaban con la figura del indio no como un enemigo de los estancieros de Buenos Aires, lo que efectivamente eran (en particular los indios maloneros de Salinas Grandes), sino como un problema de carácter nacional que involucraba a todos los sectores de la sociedad y a poderes políticos de varias provincias. Todos los indios quedaban asociados o identificados con un único tipo específico: el indio malonero, nómada, que alternativamente negociaba y guerreaaba contra los blancos.⁴² Además, y para darle proyección a esa construcción, se rearmaban las imágenes ya existentes de los indios, recurriendo a archivos que copiaban materiales del pasado y se los revisaba para proyectarlos a futuro. Así es que se iba produciendo el nuevo archivo que podría decirse que fue, quizás, la tarea intelectual más ambiciosa que acometieron estos autores, porque implicaba reunir materiales dispersos sobre el tema, pero a su vez

⁴² Hasta 1873, los indios maloneros, estaban asociados a la influencia política de Callucurá. Sin embargo, una vez muerto el cacique, la impronta de peligro y amenaza que impregnaba a estos indios, perduró.

revisar las obras existentes –recordemos que se trata de un material arduo y cuantioso– y confrontarlas con nuevos materiales y nuevas urgencias.

Como predictor de ese conjunto de obras expedicionarias puede leerse el folleto “Cuestión de indios” (1860) de Santiago Arcos en el que se sintetizaba una propuesta para resolver el problema de la frontera. Su autor lo envía al Coronel Paunero, Comandante General de la Frontera del Sud y en lo que nombra como “algunos apuntes” aparecen consignadas todas sus opiniones (que no sólo representan al propio Arcos sino a otros militares y civiles de la época) en relación con la necesidad de una guerra ofensiva contra el indio. A pesar de los conceptos vertidos y de las precisiones ofrecidas no será, sin embargo, en los años subsiguientes, la opción adoptada. Más bien, anclará la idea de sostener la política defensiva de Adolfo Alsina entre 1872-1876, que se materializaba en la construcción de un foso de 200 leguas.⁴³ Será la expedición de Roca la que retomará esa propuesta de Arcos, a raíz de lo que este ministro y ciertos sectores de Buenos Aires, consideraban como el fracaso de la política de fronteras del ministro de Avellaneda.

El folleto de Arcos es importante en tanto que es el primero que explicita un consenso y hasta se podría decir que lo sistematiza para organizar no tanto una estrategia (si bien el folleto provee tácticas), sino y por sobre todo, la descripción de las condiciones que prefiguraban la necesidad del acontecimiento. Los indios no eran un problema para todos sino para ciertos sectores, para ciertos grupos sociales, para ciertas provincias, pero ¿cómo convertir esos conjuntos parciales en uno que involucrara a toda la nación?

El folleto comienza preguntándose por qué no se ponía la atención en el dominio de los territorios y en la cuestión de los límites. También de alguna manera –aunque tácita– ya dejaba entrever que los gobiernos provinciales (exceptuando el gobierno de Mendoza con la expedición de Aldao en 1832) no habían tomado medidas precisas para resolver el problema y que por tanto urgía la solución por otras vías diferentes: debería ser el Estado Nacional y no los gobiernos provinciales el que se hiciera cargo de la cuestión. En este punto se convocaban los artículos de la Constitución para señalar su “oscura” enunciación. Como los enunciados de los artículos resultaban para el autor y, en general, difíciles de comprender, el propio Arcos va a tratar de explicar esos contenidos a modo de aclaración.

Pero no era sólo necesario revisar esos artículos constitucionales, sino también establecer que la guerra contra los indios es una decisión del Estado nacional. Localizando las indiadas (las de “los Andes”, las de “el norte de Río Negro”, las que habitaban terrenos que involucraban fronteras provinciales

⁴³ Blengino, Vanni, *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

en litigio e “impedían” el tránsito) se desmontaba la idea del nomadismo aborigen. Arcos señalaba, a su vez, que no era sólo la “barbarie” de los indios la que había que “extirpar” sino también la de la soldadesca. Se trataba de demostrar que el problema de los indios era un problema de todos y que los costos de nuevas estrategias no sólo iban a ser bajos sino que resolverían el gasto absolutamente excesivo que el Estado afrontaba para sostener el servicio de fronteras. Desde una concepción absolutamente determinista del problema decía que el servicio de fronteras, entiéndase la vida en el desierto, barbarizaba a las milicias. Arcos explicaba por qué el sostenimiento de los cuerpos de milicia desgastaba a las instituciones militares y señalaba que “el Estado de Buenos Aires (...) es el pays que más gasta del mundo en materias militares.”

Su folleto, táctico y escueto, no se priva, sin embargo, de describir el clima que se observaba entre los soldados de la frontera:

“Los milicianos cuando marchan a la frontera van generalmente con el entusiasmo que tiene un reo cuando se le destina a tres meses de cárcel. Las milicias en su mayor parte, miran con desdén el servicio de fronteras, marchan de mala gana, su presencia es mui rara vez eficaz y su costo es mucho mayor que el que ocasionan las tropas de línea”.

La descripción de este estado de ánimo de los soldados permite al lector inferir una comparación obvia con el estado de ánimo de los indios en la guerra, temerarios, leales y dispuestos a morir por sus causas.

También refiere Arcos los lugares claves para el control de la circulación y de las economías zonales, como Choele Choel a orillas del río Negro, así como señala que son inocuos como por ejemplo los valles, montañas y lagos donde los indios viven más allá del Río Negro.⁴⁴ “Si es justo criticar la estraña pretencion de los Mendocinos, Puntanos y Cordoveses, que quieren estender indeterminadamente sus límites al Sur, justo es también criticar la pretensión del Estado de Buenos Aires que, sin más razón que un *fiat* de su asamblea constituyente, se apropia toda la Patagonia. La posesión de la Patagonia para Buenos Aires sería tan útil como las faldas del Payen y Aucamaguida para los Mendocinos.” (Arcos, 1860, 16). De lo que se sigue que: “Los inmensos territorios del Sur de Río Negro, deberían ser poseídos por la nación, si es que una nación tiene derecho a declarar suyos, terrenos sobre los cuales no ejerce dominio”.

⁴⁴ Éste será justamente el objetivo más importante de la Primera Columna en la Expedición al Río Negro.

A continuación se hablaba de la necesidad de exterminar a los indios que serían los enemigos comunes de la nación, acción que si no contaba con el apoyo de las provincias, esto es, si no se nacionalizaba, no iba a ser efectiva. “Mientras sea necesario violar el territorio de Santa Fé, Córdoba y San Luis para ir a Poitagua o al Tuay, los indios podrán permanecer tranquilos dentro de sus aguadas. Muy lejos estamos de creer que estas provincias se negarían a dar paso a tropas que marchasen contra un enemigo común” (Arcos, 1860, 17).

Es decir, se trataba de centralizar la guerra y de que se convirtiera claramente en una guerra ofensiva.⁴⁵

“Para que los indios no invadan es preciso que invadamos nosotros. Es preciso ir a buscar al indio en sus tolderías. Batirlo cuando el indio no esté pronto para la guerra. Incomodarlo incesantemente, destruyendo sus caballadas y haciéndole sufrir los mismos males que ellos hacen sufrir a nuestras poblaciones fronterizas. Haciendo al desierto más peligroso para el indio que para el cristiano, podremos conseguir que el indio abandone los campos desde donde nos acecha, y se retire tanto que ya no le haga cuenta venir a robar nuestros ganados. Cortada toda relación con ellos, no podrán mandar sus bomberos, ni recibir los frecuentes avisos que ahora reciben para venir á robarlos juntos, donde hay más ganado y menor fuerza. Pero ¿es posible esto? ¿Es posible hacer á los Indios la guerra ofensiva que pedimos? ¿Es posible alcanzar, destruir, dispersar tribus que no tienen paradero fijo? Sabemos que el mayor número lo cree imposible.” (...) “Con muy cortas esperanzas de alterar una creencia tan generalizada, examinemos las Pampas según los datos más fidedignos y veremos que no sólo es posible, sino fácil, el realizar este pensamiento. Para hacer una primera correría, se necesitarían 6 meses, para las siguientes, tres meses bastarían, y para que los ganados de los hacendados de Buenos Aires, estuviesen a cubierto de toda intontona, para el Estado pudiese vender á muy altos precios los inmensos terrenos que posee la provincia, bastaría que durante tres años, el Estado dedicase 2500 hombres al servicio de la frontera, que hiciesen constantemente la guerra ofensiva hasta haber limpiado de indios todo el norte de Río Negro. Los indios que en otro tiempo tuvieron una importancia puramente mercantil tienen hoy importancia política pues cualquier enemigo del Gobierno de Buenos Aires, encontrará en ellos un poderoso aliado para hacerle la guerra.”

⁴⁵ El tono de la redacción del folleto se asemeja, por momentos al de ciertos manuales de guerra, es decir, despliega una argumentación racional, sencilla y directa, intercalada con preguntas algunas veces retóricas y otras funcionales a la continuidad de la argumentación.

He aquí la apuesta definitiva de Santiago Arcos que no da cabida a la idea de un pacto aunque es escuetamente sugerida en uno de los párrafos de su folleto.

“Por mucho que se economice, los gastos que 5000 hombres ocasionan no está en relación con el servicio que están llamados a prestar. Si á este costo directo se añade lo que pierde el pays, perdiendo el trabajo de 5000 hombres, se verá que hace más cuenta dejar a los indios robar las vacas que no protegerlas, a costa de tanto sacrificio. Costaría menos mantener toda la indiada, reuniéndola en un lugar para exigir de ella alguna pequeña ocupación que la distrajesse de la manía de corretear por nuestra frontera”.

El robo de los indios –para este autor– era una manía, no una consecuencia de políticas mercantiles interiores de Buenos Aires con el interior. La propuesta del opúsculo de Arcos puso en evidencia la ausencia de una política expansionista clara y sistemática por parte del Estado argentino (cuestión que señalo en la Introducción y en el capítulo II de este trabajo). Tal vez, la Expedición del 79 sea su consecuencia más dramática.⁴⁶

Álvaro Barros. Denuncialismo o “los males que conocen todos”

Uno de los autores claves en política de frontera y que pudo claramente comprender las implicancias que tuvieron tanto las consecuencias de la *Guerra del Paraguay* como las del liderazgo de Callvucurá, fue el Coronel Álvaro Barros y así lo expone en su primer libro: *Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sur*, publicado en 1872.⁴⁷

Álvaro Barros nació en Buenos Aires en 1827. Tanto por la rama paterna como por la materna, Barros recibió la herencia de su futura actividad militar: su padre estuvo entre los primeros cadetes del Regimiento de Granaderos a Caballo, en 1812 y llegó al grado de capitán del ejército argentino, su madre era hija del Coronel Pedro A. García, autor en 1810 de *Diario de un viaje a Salinas Grandes* y de *Memoria sobre la Navegación del Tercero y otros ríos que confluyen al Paraná*, en 1813. Perteneciente a una familia antirrosista exiliada pasó su infancia en Montevideo. Al regresar a Buenos Aires, se alistó en las filas del Ejército Grande con el grado de alférez (*Primer Regimiento de*

Granaderos Nacionales de Caballería). Intervino en la revolución del 11 de septiembre y en la persecución del general Galán siendo por su comportamiento ascendido a capitán, con cuyo grado participó en la defensa de la ciudad sitiada por Lagos y más tarde por Urquiza. Después de tomar parte en otras acciones dentro de la provincia, alcanzó el grado de sargento mayor, en 1854. Estuvo en campaña con el General Manuel de Escalada y luego a las órdenes del General Paunero. Asistió a la defensa de Buenos Aires sitiada por Urquiza, que había triunfado en la batalla de Cepeda. Fue por un tiempo comandante militar de Mercedes y después de Pavón marchó con Paunero a Entre Ríos, donde participó en algunas acciones. En 1865 fue a luchar contra los indios en Pillahuincó, ascendiendo a teniente coronel un año después.

A Barros le tocó uno de los momentos más difíciles para hacerse cargo del destino militar de las fronteras: las fuerzas de líneas habían sido enviadas para combatir en la Guerra del Paraguay, de modo que la frontera estaba verdaderamente desguarnecida: caballadas estropeadas, soldados hambrientos y mal vestidos, sueldos atrasados. Barros se convertirá entonces en un implacable fiscal en relación con el mal uso de los dineros que el estado destinaba a las tropas de las fronteras. La severidad de aquellos juicios se hará extensible a todas las formas de corrupción económica y administrativa. En sus campañas de las fronteras firmó pactos con los caciques Callvucurá y Reuque-Curá, y luego de varios encuentros con los indios alcanzó el grado de coronel, en 1868. A las órdenes de Conesa marchó a Entre Ríos para conjurar la revolución de López Jordán. Asistió a la Batalla del Sauce en 1870. La renuncia del gobernador de Buenos Aires, Mariano Acosta, lo sorprendió siendo presidente del Senado, por lo que se hizo cargo del gobierno provincial y al levantarse Mitre en 1874, se puso al frente de las fuerzas de la Capital. En mayo de 1875 se reincorporó al Ejército. Fue nombrado diputado nacional en 1876 y primer gobernador de la Patagonia en 1879. Terminó su mandato en Río Negro en 1881 y después de desempeñar varios cargos en el Ejército, murió en 1892 en Buenos Aires.

Si bien la foja militar de servicios de Barros resulta importante en su biografía, no es sin embargo, lo que la define porque Barros no fue sólo un oficial del ejército, fue además publicista, gobernador y periodista y redactor de *El Nacional* así como autor de varios libros sobre la cuestión fronteras.⁴⁸

Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sur es, en rigor, una recopilación que hace el propio Barros de alguno de sus artículos publicados

⁴⁶ Es, a su vez lo que planteará Mansilla en el debate parlamentario posterior a la publicación de *Una excursión a los indios ranqueles*. Mansilla apostará al exterminio, no tanto como una conclusión personal sino como una forma de enfrentar a la clase política de Buenos Aires con su propia hipocresía en el tema de la frontera. Volveré al respecto en el capítulo V.

⁴⁷ La primera edición es de 1872, Buenos Aires / Imprenta, Litografía y Fundición de tipos a vapor, Belgrano, 126 / 1872. Luego la editorial Hachette, en la célebre colección “El pasado argentino” dirigida por Félix Weinberg publica una segunda edición, primero en 1957 y luego en 1975. Para este capítulo he usado esta última.

⁴⁸ Para más datos biográficos de Barros puede consultarse: Piccirilli (*et. al.*) *Diccionario histórico argentino*. Buenos Aires, Ediciones históricas argentinas, 1954 así como el “Estudio Preliminar” de Pedro Daniel Weinberg a *Indios, Frontera y Seguridad Interior* (compilación de artículos de Álvaro Barros) publicada por Solar Hachette en 1975).

en el periódico *Río de la Plata*. Este diario, opositor al gobierno de Sarmiento se caracterizó por publicar artículos vinculados al tema de la frontera. En él escribían José Hernández, Guido Spano, Navarro Viola, de Vedia, Pelliza, Mariño y Zeballos. Los artículos de Barros se publicaron como volumen en 1872, el mismo año que se conoció el folleto de la “Ida” del *Martín Fierro* de José Hernández, y también el mismo año en que Callvucurá había perdido casi definitivamente su poder sobre los territorios que dominaba.

La obra, dedicada a Adolfo Alsina, quien va a ser luego Ministro de Guerra durante la presidencia de Avellaneda, contiene una carta del propio Alsina agradeciendo la dedicatoria. En esta carta el futuro ministro considera que la obra de Barros tiene “el mérito indisputable de ser la primera obra que se ha escrito sobre la cuestión fronteras, encarada bajo todas sus fases”. Sorprende la consideración de “primera” a una obra que se encarga, en varios de sus capítulos finales, de referenciar todas las obras anteriores sobre la conquista de la frontera y el poblamiento del desierto, en particular, las de William Cox, Basilio Villarino, Sebastián de Indiano y otros. Lo que tal vez debamos leer en la consideración de Alsina es que la obra de Barros es la primera que, en el siglo XIX, reúne estos materiales dispersos.

Sin embargo, las obras mencionadas por Álvaro Barros habían sido compiladas anteriormente por Pedro de Ángelis, un intelectual verdaderamente problemático para la cultura política posterior a Caseros, por su vinculación con el gobierno de Rosas. El monumental trabajo de antologización de obras sobre la conquista y colonización del territorio del Río de la Plata realizado por De Angelis, y publicado en seis tomos en Buenos Aires, en 1836, proponía una serie a partir de textos, mapas, tablas e ilustraciones. Su trabajo, sin embargo, no se reducía sólo a reunir esos materiales sino que además los acompañaba con introducciones, discursos preliminares, noticias biográficas, proemios, relaciones geográficas o históricas, vocabularios y catálogos de voces, bibliografías, tablas analíticas. En ese entonces, la obra fue duramente criticada por sus contemporáneos. Esteban Echeverría, más vehemente que argumentativo, le reprochaba: “Carecía usted de criterio histórico para apreciar el valor de los documentos que publicó, o procuró sólo hacer plata saliendo de cuanto mamotreto tenía en sus estantes”. La *Colección*... estaba dedicada a Rosas por lo que todos los usos y valoraciones de este trabajo, posteriores a Caseros, deberán explicarse y justificarse. La tarea de Juan María Gutiérrez –quien se encargará de re-editar algunos de los textos coloniales que aparecen en la Colección “depurándolos” de la marca rosista– se inscribe en esa justificación.⁴⁹

⁴⁹ Al respecto resulta muy sugerente el capítulo que Amanda Salvioni dedica en su libro a Pedro de Ángelis en el que señala cómo el intelectual napolitano realiza un riguroso

De modo que la referencia a autores que ya habían sido estudiados, publicados y serializados por un funcionario del período rosista resulta problemática: la remisión a esa serie preparada con anterioridad remitiría a la “barbarie de Rosas” y no a la etapa de la modernización. Alsina, al situar como primera obra la de Barros lo que hace es fechar un problema, instalar su importancia en las discusiones y debates del campo político de Buenos Aires durante la década de 1870.

¿En qué consistiría pues la novedad que, según Alsina, Barros aporta? Para Alsina el mérito de la obra radicaba en tratar de colocar la cuestión frontera y su larga historia en el centro de las discusiones de Buenos Aires. Lo que remite al hecho de que la cuestión frontera, como ya se ha explicado no era una preocupación para muchos políticos de Buenos Aires ni para la mayoría de sus habitantes ni de los habitantes del resto de las provincias argentinas. En todo caso, formaba parte de un conjunto de problemas que el Estado naciente debía resolver pero no era una cuestión central de las políticas inmediatas. Van a ser Roca y la prensa roquista posterior los que tratarán de demostrar exactamente lo contrario.⁵⁰

Como la “cuestión fronteras”, hasta los años 70, no era más importante que la consolidación del Estado centralizado y nacional, que la lucha contra los poderes provinciales y regionales de los caudillos y contra la fragmentación del poder será necesario reubicar el problema. Alsina escribía en esos años:

“Más de una vez me he preguntado por qué es que la cuestión Fronteras al mismo tiempo que afecta intereses tan variados, solo preocupa a los espíritus cuando se produce una catástrofe, o, más bien, cuando los partidos las toman como bandera. Y mi respuesta ha sido ésta: porque la inseguridad de las fronteras, lastima directamente pocos intereses; porque las invasiones perjudican al menor número de hacendados, en una palabra, porque la ciudad, que es donde por lo

trabajo de construcción de archivo. A su vez, Salvioni explica la resistencia que genera esta tarea en intelectuales opositores a Rosas. El contrapunto entre De Angelis y Echeverría habla de los complejos mecanismos de construcción de una memoria nacional. “Pietro De Angelis e l'archivio del dittatore” en *Linvenzione di un medioevo americano. Rappresentazioni moderne del passato coloniale in Argentina*. (Roma, Diabasis, 2003).

⁵⁰ Sobre la prensa roquista, Paula Alonso escribió: “Si las elecciones no bastaban para investir a la autoridad nacional de una legitimidad que contuviese los instintos guerreros de los pretendientes al poder, era imperioso construir una reputación que invistiera al presidente de la legitimidad que las elecciones, hasta ese entonces, no alcanzaban a otorgarle. Los largos y reiterativos editoriales sobre el Presidente-General que había conquistado el desierto, había aniquilado el último bastión de localismo y había abierto las compuertas del progreso estaban destinados, desde el primer día, a cumplir esa función”. (en “En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina “Dr. Emilio Ravignani”*. Tercera serie, núm. 115, primer semestre de 1997).

general sienta sus reales el egoísmo, no soporta, directamente a los dolores del gaucho. Por el contrario, si una invasión de indios influyese sobre el bienestar material de los que habitan las ciudades, si éstos tuviesen que abandonar intereses y hogar para salir a repelerla, o si, por lo menos, las consecuencias afectasen a todo el gremio de hacendados, bien numeroso, por cierto, entonces sería otra cosa: las diversas cuestiones que se relacionan con la seguridad de las fronteras serían estudiadas con anhelo, y para resolverlas, serían buenas todas las épocas y buenos todos los gobiernos. Quince años llevamos de vida nacional y durante este tiempo solo se ha hablado en el congreso de la guerra con el indio cuando ha habido interpelaciones, promovidas casi siempre por espíritu de partido.”⁵¹

Barros coloca el tema de la frontera en el centro de la discusión de la economía ganadera porteña (Halperín Donghi, 1980, LXXXIV).⁵² Era, además, un hecho que las Comandancias de frontera desde los años de la Independencia en adelante habían entrado en un estado de decadencia y de deterioro creciente debido a que no recibían dinero suficiente del estado y los pocos hombres que las constituían parecían más pobres gauchos harapientos que soldados de un ejército regular. Como la *Guerra del Paraguay*, por su parte, había desgarnecido las comandancias, no era casual que Barros comenzara su obra haciendo una detallada y significativa descripción del estado del Ejército y de esas comandancias: de su pobreza, de la falta de hidalguía de sus hombres, de la paga pendiente del Estado, de la falta de caballos, armas, ropas adecuadas, viviendas, de la falta de comunicación entre las Comandancias, de las costumbres laxas de la soldadesca que promovía la indolencia y el delito en acuerdo con indios de la frontera. Pero sobre todo, Barros denuncia la corrupción de los proveedores del Ejército y de los “militares depravados” (se refiere a la profusión de jefes militares prepotentes y embrutecidos). El libro cumplirá la función de “separar héroes de impostores”.

Será su primer y más contundente juicio, el que hará a las estructuras corruptas de sucesivos gobiernos que abandonaron la situación de las fronteras lo cual, en su perspectiva, generaba –además del aumento de malones y del saqueo y del arreo de ganado– una maquinaria corrupta a

⁵¹ Adolfo Alsina, *La nueva línea de frontera: Memoria especial del Ministerio de Guerra y Marina*. Año 1877. Eudeba, Colección Lucha de fronteras con el indio. Buenos Aires, 1977, pág. 34.

⁵² Tulio Halperín Donghi explica que para Barros la frontera ofrece sólo el ejemplo más extremo de las consecuencias que puede alcanzar la falta de protección a los derechos privados, que es correlato de la arbitrariedad del poder administrativo. (“Una nación para el desierto argentino” Prólogo a *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980).

partir de la cual los proveedores engañaban a los soldados, no hacían llegar las provisiones que el Estado enviaba para la tropa, la retenían, la vendían a los indios o a pulperos corruptos que a su vez la vendían a los indios. La supuesta defensa contra el indio había sido organizada con una ineficacia calculada para aumentar los lucros de quienes controlaban la frontera (Halperín Donghi, 1980, LXXXIV). Al describir la situación del ejército, Barros explicará que la cuestión frontera no es exclusivamente un tema policial ni exclusivamente militar sino también económico, social, político y geográfico (Weinberg, 35, 1975).

Junto a esta enunciación institucional –Barros busca restaurar, con su denuncia, un estado de legalidad incumplido–, el texto impacta por la presencia de enunciados en primera persona del singular que le permiten articular una voz disidente para pelear contra estructuras corruptas.

La lectura que hace David Viñas en *Indios, ejército y frontera* de la obra y de la participación de Barros como “militar y latifundista” se constituye en el intento de demostrar una absoluta empatía entre las instituciones que defienden el patrimonio de los terratenientes y los terratenientes mismos. *Fronteras y territorios federales* no avala esa hipótesis porque se convierte rápidamente en un texto de denuncia en el que su autor, haciendo uso de la primera persona, a la vez que representa, cuestiona a las instituciones a las que pertenece. Las denuncias de Barros no parecen estar dirigidas hacia un estado que defiende o no el latifundio sino hacia un estado cuya política administrativa aún no está definida. En ellas se lee más la ausencia de políticas públicas territoriales que su efectividad.

“Tendré presente el propósito manifestado en las primeras páginas (escribir sin pasión) y espero no desviarme de él, pidiendo que no se confunda lo que dirán los hechos con lo que yo pudiera decir” (Barros, 156, 1975).

La presencia del yo –deslindado de los hechos que se narran– desarticula la idea de la absoluta linealidad entre autor e institución. Es cierto que las divergencias no implicaban que estos hombres no defendieran sus propios intereses y el de los sectores a los que pertenecían. Pero hay que tener en cuenta que no siempre reproducían a las instituciones, a veces operaban por sobre y más allá de ellas lo que generaba el espacio para el diseño de nuevas políticas. Al mismo tiempo, en ese vigor (fundacional en la mayoría de los casos) se encontraban con los límites que esa tarea les imponía, e incluso chocaban con la imposibilidad de modificar o de reformular, muchas veces por períodos muy largos de tiempo, el funcionamiento de los poderes que los representaban.

Como consecuencia de lo señalado resulta evidente que los escritos militares y políticos en esta compleja red no admiten simplificaciones ni asociaciones rápidas.

Estanislao Zeballos. La puesta en escena de todas las líneas de fuerza

En 1878, el entonces Ministro Julio Argentino Roca pide al entonces ex director del diario *La Prensa* y fundador de la *Sociedad Científica Argentina* Estanislao Severo Zeballos que escriba sobre los antecedentes de la ocupación geográfica del Río Negro.

Estanislao Zeballos había nacido en la ciudad de Rosario (Santa Fe) en 1854. Realizó sus estudios universitarios en Buenos Aires, y se recibió de abogado en 1874. Siendo estudiante inició sus actividades periodísticas. Fundó el periódico *El Nacional*. Formó parte de la redacción de *La Prensa* y fue director de la *Revista de Derecho, Historia y Letras*. Intervino desde joven en las actividades políticas, siendo electo en 1879 diputado de la legislatura de Buenos Aires. En 1880 formó parte de la Cámara de Diputados de la nación. Fue luego Ministro de Relaciones Exteriores y Culto durante la presidencia de Miguel Juárez Celman, de Carlos Pellegrini y de José Figueroa Alcorta. Fue profesor universitario de derecho internacional privado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires y decano de esa misma institución en 1910 y en 1918. Fue socio fundador de la *Sociedad Científica Argentina*. Fue miembro del Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya y del instituto de Derecho Internacional. Falleció en Liverpool en 1923.

Zeballos publicó *La Conquista de Quince mil leguas*. En su portada puede leerse *LA CONQUISTA/ DE/ QUINCE MIL LEGUAS/ Estudio sobre la Traslación de la Frontera Sud/ de la República al Río Negro/ dedicado á los Gefes y Oficiales del Ejército Expedicionario/ por/ ESTANISLAO S. ZEBALLOS/ Abogado/ Ex -Director de La Prensa, fundador y ex -secretario de la Sociedad Científica Argentina,/ Miembro honorario y activo de varias sociedades/ Buenos Aires/ Imprenta de Pablo E. Coni, Especial para obras/ 60-calle Alsina-60/ 1878*. El gobierno compró la edición pero Zeballos no aceptó remuneración. Dijo que escribía en los “ratos libres” y para miembros del Congreso antes de terminar las sesiones sobre el tema fronteras.

En septiembre de 1878 se hizo una primera edición de 500 ejemplares por cuenta del Tesoro nacional para distribuir entre oficiales. El libro se agotó en una semana. En noviembre de ese mismo año se hace la segunda edición con apoyo de *La prensa*, revisada y aumentada. *LA*

CONQUISTA/ DE/ QUINCE MIL LEGUAS/ Estudio sobre la Traslación de la frontera sud/ de la República al río Negro/ dedicado á los jefes y oficiales del Ejército Expedicionario... Segunda edición / revisada y considerablemente aumentada por el Autor, ofrecida al mismo/ por la empresa de La Prensa/ Buenos Aires/ Establecimiento Tipográfico a vapor de “La Prensa” Moreno 109/1878.) Sin embargo, esta segunda edición fechada en 1878 debiera decir 1879 porque como señala Enrique Barba en ella hay referencia a sucesos posteriores a 1878, tales como la mención a *Le Courrier de La Plata* de Buenos Aires del 10 de enero de 1879 y la transcripción de la proclama del presidente Avellaneda también en enero del 79 dirigida a los soldados del Ejército expedicionario.⁵³

Esta obra resulta fundante en el *corpus* de la narrativa expedicionaria por sus características internas y externas. Si el libro de Barros ponía en escena las diferencias y los juegos políticos de Buenos Aires, va a ser esta obra de Zeballos la que proveerá la propuesta más sistemática y un plan de acción definitivo que es el que luego va a materializarse efectivamente en la acción expedicionaria. Una propuesta que comprende todos los flancos: no sólo el espíritu de la expedición y el plan de Roca sino también su implementación, es decir propone un plan que involucra Ejército, finanzas del Estado, procedimientos científicos, usos de la lengua araucana y hasta una futura obra de escritura literaria.

La primera edición de *La conquista de 15.000 leguas* se publica por un pedido que le hace Roca, entonces Ministro de Guerra de Avellaneda, a Zeballos, que consiste en escribir unos “apuntes” sobre los antecedentes de la ocupación del Río Negro.

“Conocedor V. E. de mi consagración al estudio de la cuestión Fronteras, tuvo á bien invitarme á redactar algunos apuntes sobre los antecedentes de la ocupación del río Negro y sobre otros datos históricos y científicos, convenientes para demostrar al país la practicabilidad de aquella empresa, y para proporcionar a los gefes y oficiales del ejército expedicionario un conocimiento sintético de la obra en que van á colaborar. V. E. me hizo ofrecer además que el Gobierno Nacional compraría la edición de mi obra en remuneración de mi trabajo. Acepté con placer la invitación, renunciando desde luego a toda remuneración, pues me he consagrado á estos estudios, sin interés de lucrar con ellos, inspirándome en el principio de moral que encierra el siguiente pensamiento de un autor célebre:

⁵³ Barba, Enrique, “Estudio Preliminar” a Zeballos, Estanislao S., *La conquista de Quince Mil Leguas. Estudio sobre la Traslación de la Frontera Sur de la República al Río Negro*. Buenos Aires, Hachette, 1958. Esta edición reproduce la edición mal fechada de *La Prensa*, porque está corregida y aumentada en relación con la primera.

La ociosidad pesa y atormenta; el alma es un fuego que es necesario alimentar” (Zeballos, 1878, 5).

El libro que prometía dar cuenta de un pasado, sin embargo, se ocupaba claramente del futuro, no sólo por todo lo que suponía revisar el pasado para pensar el futuro sino además porque su autor no se limitó ni a escribir unos apuntes o unos simples antecedentes. Contiene una reseña histórica que va de 1768 a 1878, las exploraciones que se realizaron entre 1553 y 1875, estudios y recopilación de materiales vinculados al Río Negro, al Río Colorado, a ríos andinos y de la Pampa central, una descripción del territorio, una explicación técnica de qué implica la nueva frontera, un capítulo dedicado a los indios y a los cacicazgos de Salinas Grandes y Leubucó, otro capítulo sobre la importancia de la navegabilidad de los ríos, consideraciones generales, noticias bibliográficas y cartográficas abundantes y hasta un Apéndice con una variada documentación.

Es decir, excede la demanda, lo cual coloca al autor de esta escritura y compilación –que tenía en ese entonces sólo 24 años– como un referente intelectual importante, como un verdadero especialista y como un experto. Su consagración no será a partir de la experiencia de los años, ni estará dada por un viaje realizado sino por su tarea de recopilador y archivador así como por el manejo de materiales y de una “biblioteca americana” sobre temas de fronteras que comprende importantes y numerosas obras que abarcan un extenso período. A pesar de su magnitud la obra resulta efectivamente sintética y está destinada y dedicada a los jefes y oficiales del Ejército.⁵⁴

¿Cómo hay que leer esta obra? ¿Como un proyecto del propio Estado? ¿Como un proyecto que el gobierno pide a un especialista? Pareciera ser lo mismo, sin embargo las tensiones que existen entre especialista y gobierno construyen la filigrana del texto. En particular me interesa analizar el conjunto de cartas que bajo el título de “Origen de esta obra” y el sugerente subtítulo de “Documentos Oficiales” se reúnen y se publican. Estos documentos oficiales consisten en una carta de Zeballos, una carta del presidente Avellaneda y una carta del Ministro Roca.

En primer lugar, Zeballos, en su carta explicaba que ofrecía la obra al gobierno “de la cual puede hacer el uso que convenga a sus planes” y agregaba que “cuando se trata de asuntos de esta naturaleza, las diferencias

políticas deben ceder ante los altos intereses de la nación”. Sin embargo, sus posiciones no siempre son coincidentes con lo que el gobierno desea. Por ejemplo, en la segunda edición Zeballos se disculpaba porque sentía que se había excedido en su juicio crítico de la conquista del siglo XVI y entonces en la nueva edición quiere corregirse. Sin embargo, él ha introducido una divergencia en el modo de interpretar la conquista española.

Con respecto a la práctica misma de la escritura de la obra Zeballos escribe: “He redactado este libro en los ratos desocupados de que he podido disponer durante un mes, robando algunas horas al sueño á veces, á fin de que, como V.E. lo deseaba, pudiera ser leído por los miembros del Congreso, antes de terminar sus sesiones”.

Obsérvese la presencia del yo en el texto para dar cuenta de la forma de escritura del libro: la escena en que Zeballos no duerme por escribir un libro acaso urgente para la nación, una escena que proviene de su vida privada y que podría ser irrelevante para los lectores, sin embargo, cumple aquí la función de proyectar su figura pública: si el libro es necesario para la patria, él estará dispuesto a hacer todo los sacrificios correspondientes (aunque la empresa parece mucho mayor que los “sacrificios” finalmente realizados: privarse durante el lapso de un mes de su ocio y su descanso nocturno, “algunas horas al sueño, a veces”) Esos “ratos libres” resultan muy operativos, le servían para justificar los errores que la obra pudiera tener, funcionan como “advertencia” a las críticas, pero también le sirven para demostrar que, con su compromiso, él forma parte de una heroicidad, no castrense ni expedicionaria, no política, sino una heroicidad urbana y privada: yo no dormí, yo no tuve ratos libres para “cooperar con mis débiles fuerzas a la ejecución de una idea”. La carta construye la idea prusiana de la guerra: la de toda una nación que se prepara para la conquista territorial: los unos desde los campos de batalla, los otros desde los escritorios. Pero se trata no de un hecho exclusivamente militar sino de un pueblo que se involucra desde “distintas trincheras”.

Finalmente Zeballos aclaraba: “Adolece, pues, de las incorrecciones consiguientes á los escritos que el autor entrega á la tipografía á medida que los produce. Sin embargo, cedo a V.E. el manuscrito, sin pretensiones literarias, pidiéndole tenga a bien hacer publicar esta carta al frente de la obra, para que sirva de Advertencia á los lectores y á los críticos.” (Zeballos, 6, 1878). El hecho de que Zeballos advirtiera sobre la falta de pretensión literaria de sus escritos ponía en evidencia un modelo previo respecto de ese tipo de obras. Si no se trataba específicamente de los géneros de la literatura ¿por qué él habría de tomar recaudos con la advertencia? Se trataba justamente de que la literatura y “lo literario” tenían un valor en la narrativa de frontera

⁵⁴ Se podría decir que con la publicación del libro de Zeballos se quiebra el modelo que asocia conocimientos y sabiduría a la ancianidad y a la experiencia de largos años. Era un joven de 24 años, que había fundado un diario y la Sociedad Científica. Esta confianza en la juventud reactualiza la de la cultura romántica rioplatense de la Generación del 37. Otro ejemplo, entre varios, lo constituye Francisco P. Moreno quien cuando realizó su primera expedición tenía 23 años.

y un valor que era apreciado y reconocido por los lectores. La asignación de ese valor literario podría seriarse con la de los escritos de Humboldt. El gran paradigma del viajero alemán había concebido un relato expedicionario que era a la vez ágil, ameno, informaba pero tomaba distancia de la prosa especializada para un lector experto. Se trataba de un escrito que podía a la vez informar, “entretener” y captar la atención del lector. Que podía deleitar al lector no sólo con el dato sino también con la metáfora.⁵⁵

Unos años más tarde, en su *Viaje al país de los Araucanos*, Zeballos escribirá que el estilo fundado por Alexander Von Humboldt “ofrece las lecciones de la ciencia clareadas por la fosforescencia de un alma ardorosa y de una imaginación brillante, como las lluvias meteóricas, que en tantas noches lo inspiraron a través de las regiones sudamericanas de la zona tropical”.⁵⁶ Si bien Zeballos se justifica por adolecer de esas dotes, pone en evidencia que ellas deberían estar en su obra. La “escritura literaria”, ausente o presente, resultaba necesaria.

A continuación de la carta de Zeballos, con fecha septiembre, 5 de 1878 aparece la de Avellaneda que es una neutra correspondencia oficial reconociendo el valor de la obra:

“Considerando que es de evidente importancia el libro del Dr. Estanislao S. Zeballos, sobre la ocupación del río Negro y que conviene publicarlo en este momento en que el gobierno proyecta el avance de las fronteras, se resuelve: mandar a hacer una edición de él en número de quinientos ejemplares por cuenta del Tesoro Nacional para distribuirla en parte entre los gefes y oficiales que han de concurrir á la Expedición.

Dense las gracias al Dr. Zeballos por el patriótico desinterés con que ha puesto á disposición del Gobierno su valioso trabajo, comuníquese y publíquese”.

AVELLANEDA.

Julio A. Roca”

El breve comunicado oficial informa sobre la próxima edición para que sea distribuida entre jefes y oficiales, un circuito que coincide con la dedicatoria del libro “dedicado a los gefes y oficiales del Ejército Expedicionario” A su vez la nota aporta un reconocimiento a la tarea realizada y al desinterés de su autor.

⁵⁵ Adolfo Prieto estudió y describió ese público lector en su ya clásico *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988. Así como también refirió el valor de los escritos de Humboldt en la escritura de los viajeros ingleses que visitaron la Argentina en la primera mitad del siglo XIX en *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)* Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

⁵⁶ Zeballos, Estanislao, *Viaje al país de los araucanos*. El elefante blanco, 2005 (1ª edición 1881)

Como vemos hasta acá hay ya un entramado entre sujeto e institución que esta correspondencia materializa. No obstante, la que resulta más interesante es la tercera de las cartas: la de Julio Argentino Roca. El entonces ministro es el que realiza un juicio puntual del libro en cuestión señalando no sólo las operaciones internas que el libro efectivamente realiza sino también cómo debe ser leído. Roca escribe: “Vd. ha querido escribir unos apuntes sobre Fronteras, y sin pensarlo ha hecho un libro interesantísimo y útil bajo muchos aspectos, que será leído con interés dentro y fuera del país. “Dentro y fuera del país”, será efectivamente un comentario predictor porque el libro obtendrá un premio en la Exposición de Venecia. Una nota titulada “La República Argentina en la Exposición de Geografía de Venecia” en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* explica el sistema de premios y la obtención de varios de ellos por parte de las obras argentinas. El trabajo de Zeballos obtiene el Segundo Premio y una medalla de plata.⁵⁷

“Su trabajo muestra grande preparación y perfecto conocimiento de la materia que trata. Va a ser una especie de revelación para la mayoría del pueblo argentino, que tendría que ir á buscar en cien volúmenes distintos los antecedentes que Vd. presenta en pocas pájinas, narrados en un estilo fácil y ameno, acompañados de observaciones y razonamientos muy exactos.”

Roca era un lector que podía describir al público de ese libro: “el pueblo argentino” en general, que es a la vez un público que se estaba constituyendo en esos años como público lector y que iba a formar parte de un incipiente mercado. Roca sabía que no existía una obra así y le reconocía dos méritos, vinculados a las exigencias de los lectores de entonces: síntesis y amenidad. Los lectores aprobarán esas cualidades de la obra las que incluso podrán llegar a salvar inexactitudes y errores que pudiera tener y que podrían haber sido detectados si se hubiera tratado de un público culto o especializado o si la obra hubiera estado destinada exclusivamente al público de los círculos científicos o militares o al Club del Progreso. Roca era consciente de la ampliación de ese público, un público que a grandes rasgos era también el que consumía relatos de viajes, compendios de geografía, obras que hablaban de comarcas lejanas y de lugares ignotos y que traían los relatos de tierras que tal vez los lectores nunca visitarían. Zeballos también era consciente de ese público y el título que le puso a su obra tenía algo de ese entusiasmo del viaje de aventura aunque no se trataba

⁵⁷ *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*. Tomo II. Cuaderno II. Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico a Vapor de La Prensa, 1881, Pág. 96.

de un libro de aventuras.⁵⁸ De alguna manera, Roca con su intervención va más allá de escribir una respuesta a la dedicatoria del Zeballos y de ese circuito constituido por ambos y por el presidente Avellaneda así como por los jefes y oficiales del ejército, para advertir que hay más lectores y que es posible ampliar el circuito de la recepción.

“La lectura de su libro destruirá toda duda acerca de la importancia y la posibilidad de llevar la frontera al Río Negro. Escuso decirle lo que él importará para todos los Jefes y Oficiales del ejército que tienen que tomar una parte activa contra los enemigos tradicionales de nuestra riqueza agrícola, porque basta su simple lectura para comprenderlo. Pero sus patrióticos y desinteresados trabajos no deben detenerse aquí y no serán completados sino cuando Vd. haga la historia de esta cruzada, una de las más fecundas que habrá realizado el ejército argentino desde los tiempos heroicos de la Independencia, y la descripción científica de la vasta región que vamos a conquistar, demostrando al mismo tiempo la importancia económica que adquirirán los nuevos territorios cuando se derrame en su seno la inmigración que en busca de un suelo fértil y de un clima benigno, arriba a nuestras playas de todos los puntos del continente europeo.”

Roca sugiere entonces nuevas obras: una “historia de la cruzada” y una “descripción científica”.

“Tenemos además que corregir la geografía de esa región y averiguar por prolijos estudios hidrográficos sobre las innumerables corrientes que se desprenden de los Andes desde San Rafael a Nahuel-Huapi y se precipitan al mar por el Colorado y el Negro, si, como dice el coronel Jorge Velasco que acompañó al fraile Aldao en su expedición del año 33 al Sud de Mendoza, el Chadileubú y el Atuel son navegables para bergantines y fragatas, y si se podía vaciarlos con un costo de 4 a 5 mil pesos en el Colorado, por la estremidad sud de la isla de Limen-Mahuida, donde media apenas una distancia de 25 kilómetros entre este y aquellos.”

La “corrección de la geografía” corre también por cuenta de estas obras, cartografías sin mapas.

“He aquí otro de los grandes problemas que resolverá la ocupación del Río Negro, que por si solo justificaría los esfuerzos que va a hacer la República, buscando

una seguridad contra los bárbaros del desierto. (...) El Señor Presidente me encarga le dé las más expresivas gracias por su importante trabajo, que va a sernos tan útil para las operaciones de la guerra y me ha ordenado se haga una edición especial de su libro por cuenta del Estado. Al dejar cumplido aquel encargo quiero agregarle la expresión de mi particular agradecimiento y manifestarle que desde luego queda V. invitado para formar parte de la Expedición. Soy su afectísimo amigo y compatriota.

Julio A. Roca”

Zeballos recibe entonces nuevamente la notificación de la edición estatal de su obra y la invitación a la Expedición a la que sin embargo no irá por motivos que luego explicará. Como podemos observar entonces quedan así definidos con esta correspondencia todos los circuitos de producción y de circulación de la obra que en un principio fue denominada por su autor y por el entonces ministro como “apuntes”. Roca se convierte –ya siendo ministro– y antes de la Campaña, en su interlocutor y destinatario perfecto (incluso para otras obras similares) y en el legitimador del protagonismo de los otros.

Como dije anteriormente, la obra es sintética efectivamente pero el trabajo de revisión de archivo y de organización del mismo es intenso. Su mayor mérito es el de construir un nuevo archivo sobre el tema fronteras, imperativo que también había sido el de Álvaro Barros en 1872. No nuevo porque fuera totalmente novedoso en cuanto a sus contenidos, sino nuevo sobre todo por el tipo de operaciones de lectura a que somete las obras leídas que reúne y serializa. En primer lugar, se trata, como lo hace también Barros, de establecer una distancia con la conquista española y con las prácticas de los conquistadores del siglo XVI. “Estamos en la cuestión fronteras como en el día de la partida: con un inmenso territorio al frente para conquistar y con otro más pequeño a retaguardia para defender, por medio de un sistema débil y desacreditado. No incumbe su responsabilidad a un hombre ni a un gobierno. Es la herencia recibida de la Madre Patria, que conservamos fielmente, a pesar de haberla hallado controvertida y de que nuestra corta bien que dolorosa experiencia la condena” (Zeballos, 1878, 17). Para matizar esta posición en relación con las reacciones que tuvieron ciertos lectores de la primera edición de la obra. En nota al pie del capítulo I, Zeballos escribe: “El competente crítico autor del artículo de *La Nación* sobre este libro, ha creído hallar en estas consideraciones un ataque infundado al sistema español y debemos, por consiguiente, aclarar nuestros pensamientos. No censuramos la conducta de los españoles, porque ellos no podían hacer más, escasos de elementos, en un inmenso y desconocido

⁵⁸ En su versión novelada de la biografía de Julio A. Roca, el historiador argentino Félix Luna hace decir a su personaje que la obra de Zeballos tiene un título “que remite a la novela de aventuras” Si bien se trata de una obra de ficción el comentario atribuido a Roca resulta interesante porque intuye las razones por las que el libro de este abogado va luego a tener difusión y hasta cierto éxito editorial si se piensa en sus lectores.

teatro y con millares de indios al frente. Hacemos cargo de haberla seguido a los contemporáneos, que dueños de recursos poderosísimos y más concededores del teatro en que operan, no han debido permanecer reducidos al sistema defensivo que las circunstancias imponían a la colonia. Al emitir estas opiniones somos consecuentes con nuestra convicción de la eficacia de la ofensiva en la guerra contra los indios”.

En segundo lugar, se trataba de tomar posición con respecto a la Expedición de 1833, llevada a cabo por Juan Manuel de Rosas y Facundo Quiroga. “El movimiento que esta expedición produjo en el país fue notable y hasta los Estados más pobres y sin fronteras, como La Rioja y Catamarca, se apresuraron a contribuir con armas, equipos, soldados y dinero.” (Zeballos, 1878, 30). Si después de Caseros todas las acciones del gobierno rosista quedaban en tela de juicio, la obra de Zeballos viene a rescatar esta expedición, curiosamente no por la recuperación de ciento de cautivos y cautivas blancas (mérito que siempre se le reconoció) sino sobre todo por haber logrado cohesionar fuerzas de otras provincias y haber presentado el acontecimiento como un hecho que trascendía los intereses sectoriales de los estancieros de la provincia de Buenos Aires.

Por último, la obra cuestionaba la política defensiva de Alsina. “Cuando el Dr. Alsina se veía empeñado en la cuestión fronteras, con aquella energía de iniciativa que era para nosotros su cualidad de hombre de Estado, nos apercebimos de que tenía la intención y las dotes necesarias para resolver el problema, pero le faltaban estudios, práctica y convicciones formadas por medio de ellos, para decidirse por una ofensiva pura y simple, sin zanja ni acantonamientos, ofensiva que debía dar por resultado la dispersión y desmoralización del enemigo, dejando allanado a nuestra marcha el camino del río Negro, que era necesario prepararse a ocupar inmediatamente para sellar la gloriosa jornada. El Dr. Alsina daba al indio mayor importancia y temía al desierto más de los que en realidad era razonable, y de ahí esa negativa constante a marchar al río Negro, como primer y principal objetivo; y su resolución de gastar ingentes caudales en preparar líneas paralelas y sucesivas, prosiguiendo el sistema trazado por el conquistador español.” (Zeballos, 1878, 274).

Ahora bien, esto en cuanto a las directrices ideológicas en las que se había pensado el problema de la frontera. En cuanto al presente de la escritura, Zeballos presentaba una genealogía e insertaba la futura acción ofensiva como su necesaria clausura.

La obra intervendrá también en el mundo de los conocimientos previos sobre el problema de la frontera y sobre los avatares del territorio a recorrer. Se trataba de mostrar precisión en relación con estudios y diarios de expedi-

ciones anteriores. “Consúltese cualquier mapa de Sudamérica, y se verá que el error del padre Falkner consiste en suponer que el río argentino Negro y el río chileno Tolten, cuyos cursos siguen casi la misma latitud, eran una misma corriente de agua, extendida desde el Pacífico al Atlántico, a través de los Andes.” (Zeballos, 1878, 21). Asimismo, retomará la serialización realizada durante el período rosista, por Pedro De Angelis. “Es tan importante esta colección que deberían hacerse nuevas ediciones de ella, ilustradas y anotadas con el auxilio de los grandes adelantos alcanzados por la historia patria en la última década (...) Una nueva edición pondría una obra tan útil al alcance del mayor número, y contendría nuevas luces sobre tantos problemas de historia nacional que en la época del insigne coleccionista Angelis no habían sido resueltos” (Zeballos, 1878, 363).

Nótese que lo que Zeballos reclamaba para esa obra eran los modos de publicación, edición y circulación de carácter institucional, propios de su época. Y además, no dejará de señalar diversas e importantes diferencias con el entonces también muy joven expedicionario Francisco P. Moreno. Zeballos lo había propuesto y celebrado como miembro de la *Sociedad Científica*, al mismo tiempo que lo cuestionaba, lo corregía y hasta lo sospechaba. Los ejemplos son abundantes:

“En cuanto a la avanzada opinión de que el Collón Curá no sea navegable, no ha sido fundada como era de esperarse. Al contrario, el señor Moreno se contradice al afirmar en un mismo párrafo que no “cree navegable” el río que “Villarino navegó en una gran extensión”” (Zeballos, 1878, 94). “Un viajero contemporáneo, el señor Moreno, incurre en un error geográfico fundamental, al decir que el río Diamante desagua en esta laguna Urre- lavquén o Amarga. Así se creía en el siglo XVIII, pero el error está desvanecido desde principios del siglo actual, como se ha demostrado al consignar el resultado de las últimas exploraciones” (Zeballos, 1878, 164). “Nos queda por analizar la relación del viaje del señor Moreno. Según este viajero, entre Carmen de Patagones y el Chichinal hay 120 leguas, pero el mayor Bejarano no da más que 94. ¿De quién es el error? Uno y otro calculaban por el paso del caballo, pero, sin duda, el señor Moreno daba demasiado crédito a los datos de sus guías, que eran indios, quienes jamás comunican algo exacto sobre sus tierras, temerosos de que sea aprovechado en daño de ellos” (Zeballos, 1878, 185). “El señor Moreno refiere episodios particularmente análogos a los que hemos traducido de la obra de Musters. Dice nuestro compatriota: “Shaihueque es un indio de raza pampa y araucana” “En nota al pie Nro 12 agrega Zeballos: “El señor Moreno no ha debido ignorar que la raza pampa y araucana, son la mismísima cosa” (Zeballos, 315).

Esta insistencia en los errores de Moreno remitía no sólo a las diferencias entre ambos “expertos” sino a los usos jerárquicos de la información científica del período. Zeballos había sido fundador de la *Sociedad Científica* y era además su Director y Moreno, un joven brillante y un expedicionario valiente que aspiraba a entrar en el circuito de consagración que la pertenencia a esa sociedad auguraba. De modo que Zeballos, cumplía las funciones de corrector, ofrece precisiones, exhibe una lectura rigurosa de las obras sobre fronteras así como de los trabajos de su colega. En este sentido el nuevo archivo tratará de volver a escribir la misma historia pero como si fuera una historia nueva y central de la política nacional.

Zeballos transcribe el dictamen de la *Comisión del Senado* sobre la exploración de tierras, realizado en 1875. La incorporación da un sesgo institucional a la obra y puede leerse como una intervención en la producción textual dado que este documento reclama una nueva organización de la escritura expedicionaria:

“En 1875 la Comisión del Senado de la Nación despachaba un proyecto de ley, autorizando al Poder Ejecutivo para proceder a la Exploración científica de los territorios nacionales. La Comisión condensaba en su dictamen las siguientes observaciones: *Para los fines del gobierno y de la administración no basta el conocimiento de la geografía de un país, cuando se halla reducido a lo que representan las cartas. En efecto, en éstas se manifiesta cómo y en qué dirección corren los ríos, las rutas principales, los grandes bosques, las cadenas de las montañas, etc. Pero se necesita también saber, para los fines indicados, cuál es la naturaleza de aquellas corrientes de agua con respecto a la navegación, si son susceptibles y en qué puntos de recibir puertos, de canalizarse y aplicarse para el regadío y abrevaderos, etc. Se hace necesario averiguar qué madera para la construcción tienen los bosques, si los caminos están trazados convenientemente, qué metales encierran las montañas. Conviene sobre todo conocer la naturaleza geológica del suelo en sus relaciones con las principales industrias rurales, la labranza y la ganadería, calidad de sus tierras, extensión y aptitud para recibir población, averiguación especial de los lugares donde se produce o puede encontrarse el hierro y el carbón de piedra, pastos espontáneos, y deducir de su naturaleza cuáles son las aplicaciones que pueden darse a los terrenos, tanto para prados como para cultivo de cereales y otros vegetales, útiles y comunes o exóticos. No importa tanto saber cuál es la distancia matemática que existe entre dos puntos, por ejemplo, entre dos ciudades, como saber cuál es la verdadera distancia material, la que se anda, el tiempo que se emplea en recorrerla, y conocer también cuáles son los obstáculos que la naturaleza ofrece al tránsito y los modos artificiales de remover esas dificultades y de acortar las vías de comunicación, abaratando los transportes. Todo esto no puede conseguirse en nuestro país, inexplorado todavía, sino por medio de reconocimientos, exploraciones y*

expediciones que hoy no pueden confiarse sino a personas de conocimiento especiales, es decir, a hombres de ciencia, a naturalistas, geógrafos, botánicos, químicos, ingenieros propiamente dicho.” (Zeballos, 1878, 220).

El dictamen era claro en sus prerrogativas: enfatizaba la necesidad y utilidad de los saberes específicos, rescataba la práctica experiencial por sobre el conocimiento teórico o conceptual (el tránsito y no la línea, la naturaleza de las cosas por sobre la cartografía) y explicaba qué es lo que el gobierno y la administración necesitaban.

Ahora bien, resulta claro entonces que sin los saberes específicos no era posible realizar la empresa que se proponían y se desprende de ello que los resultados de esas intervenciones especializadas debían ser ofrecidos en forma escrita, en forma de libro, etc.

Propongo, entonces, leer este dictamen transcrito por Zeballos como un instructivo de escritura expedicionaria. Constituye una preceptiva sobre formas de escribir: cómo escribir y sobre qué, siempre teniendo en cuenta que se trata, en primer lugar de escribir para el gobierno y la administración. En segundo lugar, las cartas (mapas) son insuficientes. La cartografía tiene un límite que la escritura puede zanjar. O en todo caso: se trata de escribir para una nueva cartografía. Hasta ese momento el mapa había sido una herramienta fundamental para el expansionismo y los dominios territoriales, que daba cuenta de la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, de la geografía de sus dominios y de la legitimidad de su linaje.⁵⁹ Inventado antes del siglo XIX pero central en él, sin embargo, en esta coyuntura específica de la Argentina de la tercera mitad del siglo XIX, el mapa parece necesitar un relato no iconográfico, una descripción experiencial para completarse.⁶⁰

En tercer lugar, el dictamen es un verdadero tratado sobre la utilidad: cómo utilizar la naturaleza, el rendimiento económico de los recursos naturales: tipos de madera para la construcción, trazado apropiado de caminos, recursos metalúrgicos de las montañas, naturaleza geológica, industrias rurales, labranza, ganadería, aplicaciones para cultivos de cereales y otros vegetales conocidos o desconocidos.

⁵⁹ Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁶⁰ Un formato muy habitual en los libros que conforman el *corpus* de esta narrativa expedicionaria del desierto es el libro con mapa. Es decir, el mapa funciona como complemento de la escritura y no al revés. En 1896, el *Instituto Geográfico Argentino* publica el *Mapa de la República Argentina* que reunía todo el saber geográfico que se poseía a fines del siglo XIX. Este trabajo que intentaba presentarse como definitivo, buscaba producir una herramienta que operara por sí misma. No estaba acompañado de un texto y no estaba firmado por un autor sino por una Institución.

En cuarto lugar, resultaba central la relación entre técnica y experiencia. Distancia matemática versus verdadera distancia material. Lo experiencial se constituirá como complemento perfecto de la técnica, del dato matemático.

En quinto lugar, en el dictamen hay un reconocimiento explícito de los saberes específicos. Los viajeros-autores-narradores debían tener formación adecuada en ciencias naturales, geología, botánica, química, ingeniería topográfica, si bien no quedaba muy claro cuáles eran los saberes privilegiados, ¿la botánica era menos importante que la topografía? ¿La ingeniería resultaba central? ¿Por qué la química? ¿Y la etnografía? ¿No era importante el conocimiento de las lenguas aborígenes, el pampa, el mapuche?

Ahora bien, si el Dictamen del Senado podía pensarse como un instructivo para escribir, también debía pensarse como una intervención estatal en el mundo de los especialistas. Una intervención que buscaba explicarles cómo vincular un nuevo corpus de datos científicos a la aparición de un saber transdisciplinario e intercultural, porque proponía una nueva logística del trabajo de campo en relación con el trabajo de gabinete, en el sentido en que lo planteaba Humboldt. “El ordenamiento, el mapeo, la tabulación y las narrativas propician el desarrollo de las disciplinas más importantes del siglo XVIII: geología, cartografía, minería, economía, estadística, fisiología, botánica e historia natural” (Podgorny-Schaffner, 217-2000).⁶¹

Por lo tanto se producía una resignificación del dato.⁶² Así como la nueva estructura de clasificación estipulada por Humboldt había propuesto una red de observación y de medición de las variables físicas a una escala continental (Podgorny-Schaffner, 218, 2000) así el dictamen de la Comisión del Senado intentaba preformar un tipo de observación cuantificable pero esta vez en una escala nacional. Ese legado humboldtiano, presente ya en la cultura científica del *Museo Nacional de Paraná* desde la época de la Confederación podía encontrarse esbozado en el dictamen. Las consecuencias de ese legado también podían verificarse en la idea de que el estudio de la naturaleza era

⁶¹ Irina Podgorny y Wolfgang Schaffner, “La intención de observar abre los ojos”. Narraciones datos y medios técnicos en las empresas humboldtianas del siglo XIX”. *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, N° 4, 2000, pp. 217-227. Los autores señalan que la estructura de clasificación estipulada por Humboldt (en relación con el procesamiento y registro de datos y de medios archivísticos, luego de su expedición a América) preformó una red de observación y de medición de las variables físicas a una escala continental. El uso de los últimos instrumentos de medición, las tendencias tanto a controlar las fuentes de error de observación como a establecer una relación entre éstas y ciertas leyes matemáticas, remitía al problema de encontrar un lenguaje apropiado para la descripción de la naturaleza y de la sociedad.

⁶² Torre, Claudia “Los relatos de viajeros” en Schwartzman, Julio, *La lucha de los lenguajes. Tomo II de la Historia Crítica de la Literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik. Buenos Aires, Emecé, 2003.

útil para el bien común y en la idea de convocar para tal misión a la juventud más que a los sabios de las instituciones. El dictamen buscaba disciplinar el trabajo científico: educar, dirigir, codificar. ¿Qué es lo que había que saber-escribir? ¿Qué es lo que había que transmitir-establecer? En síntesis ¿qué es lo que había que narrar? Aunque sin embargo, no se trata sólo de la narración sino de encontrar un lenguaje apropiado para la descripción de la naturaleza y de la sociedad y también de encontrar rigor en el interior del lenguaje técnico-científico. En el viaje de Humboldt había hecho falta una precisión estadística que ya estaba presente como necesidad en el viaje ilustrado del siglo XVII y que se expresaba a través de mediciones, de la cuantificación de la naturaleza y de la sociedad. El gabinete era el *locus* privilegiado para mantener el control de las variables, de los instrumentos y de la información. Por lo tanto era importante marcar una división entre quienes clasificaban y sistematizaban en los gabinetes y aquellos que se relacionaban con el terreno. Es justamente esta división del trabajo, el horizonte de suposiciones vigentes el que influyó para que Zeballos rechazara la invitación de Roca para formar parte de la expedición. La división institución resultaba concisa: los militares serían los científicos “en terreno” y los civiles ilustrados, los científicos en gabinete.

En la *Advertencia* a la segunda edición de su obra Zeballos escribe:

“El Ministro de la Guerra ha tenido la bondad de invitarme a formar parte de la Expedición, pero no me es posible aceptar la invitación. Como he de complementar mi obra con dos tomos más, necesito viajar y observar personalmente en el territorio a que he consagrado estos estudios. El viaje sería estéril yendo con una de las columnas expedicionarias porque apenas podría examinar el itinerario de ella, mientras que será fecundo, cuando asegurada la ocupación del río Negro y despejado el terreno, pueda yo hacer un viaje de circunvalación desde el río Negro hasta Mendoza y desde Mendoza hasta Buenos Aires, por el desierto.”

Su prestigio se consolida en el gabinete, o en un viaje posterior pero no en la expedición. “A lo largo del siglo las academias y sociedades metropolitanas fueron urdiendo una red de corresponsales de provincia, quienes recolectaban especímenes y datos, siguiendo el orden dado por las “instrucciones” emitidas por las primeras. Por lo cual se puede decir que el pedido precede al encuentro del espécimen” (Schaffner-Podgorny). Se trataba, exactamente como puede percibirse en el dictamen del Senado, de ir convirtiendo el escrito en “pedido” o más específicamente en documento de trabajo para los diputados que debatían en la Cámara y para los expedicionarios que harían el viaje.

Entre el naturalista viajero y el naturalista sedentario, el segundo gozaba de confianza (he aquí el modelo que Bufón tomaba de los naturalistas del siglo XVII y que se continuará hasta bien entrado el siglo XIX⁶³). El tiempo, los libros y las colecciones necesarias para la observación y la comparación le permitían una reflexión que podía verse como más acabada, más procesada. El viajero, por el contrario, disponía de un tiempo limitado que fragmentaba su capacidad de observación en piezas que sólo tenían sentido una vez depositadas en los gabinetes. La posibilidad de que el terreno, presentara nuevos elementos o características desbarataba la observación lo cual le daba a ese trabajo un carácter crudo y aparentemente más rudimentario. Era la colección post-gabinete la que garantizaba el valor del trabajo. En la “previsión” de Zeballos de no ir a la Expedición se puede sentir cierto rechazo a someterse a unos tiempos que eran los del Ejército y la política pero no los de la ciencia y la técnica. A diferencia de los científicos Doering y Lorentz y de los salesianos Costamagna y Botta que no encontraron otra manera de viajar tierra adentro –los unos en busca de *especies naturales*, los otros en busca de *almas irredentas*– Zeballos sabía que iba a poder viajar en otras oportunidades. Mientras tanto su astucia consistió en buscar “informantes”. Uno de los informantes de Zeballos fue el sargento mayor de ingenieros Francisco Host, incorporado a la IV División del Ejército Expedicionario, quien periódicamente le remitía cartas comunicándole noticias sobre las características del terreno explorado por las distintas partidas que incursionaban por los ríos Neuquén y Limay.⁶⁴

Por lo tanto hay que pensar que lo que la narrativa expedicionaria del desierto hacía era responder tímida y rudimentariamente a ese intento de sistematización y centralización de información que se presentaba como demanda institucional y para ello debía ajustar sus patrones de registro de lo real y de datación. La crítica a la política de frontera del ministro Alsina remitía menos a las ideas supuestamente equivocadas del estratega que a su falta de profesionalización. A su vez, Zeballos se convertiría como Roca en un legitimador del protagonismo de los otros cuando imaginaba las futuras

⁶³ George-Louis Leclerc, Conde de Bufón, autor en 1749 de una *Historia Natural* de 36 volúmenes había expuesto allí sus ideas acerca de la naturaleza, los animales y los hombres y esta obra funcionaba como paradigma teórico para el saber humano y científico de la época. Su monumental trabajo estaba sostenido en la recopilación de otros naturalistas y viajeros que eran quienes realizaban las expediciones pertinentes para proveer los materiales necesarios al naturalista en su laboratorio. Sin embargo, el modelo de estudio de la naturaleza en gabinete viene del siglo XVII y continúa bien entrado el siglo XIX.

⁶⁴ Parte de esta correspondencia fue publicada por el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* como señala Juan G. Durán en su provechoso Estudio Preliminar a la edición de *Episodios en los Territorios del Sur (1879)* de Estanislao Zeballos (Buenos Aires, 2004, El Elefante Blanco).

obras que la expedición debía producir: “Los trabajos de las comisiones científicas, y las memorias de los comandantes de los cuerpos de ejército, formarían una obra importantísima y gloriosa, que podría titularse *Historia militar y científica de la Expedición al Río Negro*, dividiéndola en cuatro tomos, una para los trabajos de cada columna expedicionaria. Cada volumen contendría: 1ero, la memoria sobre las operaciones militares, 2do, el informe y carta parcial de los geógrafos, 3ero, las descripciones de los naturalistas” (Zeballos 1878, 221- 220).

Alfred Doering y Pablo Lorentz. Ciencia militar o guerra científica

“Estábamos entonces a unas tres millas de los Andes. Moyano sacó su cuchillo y grabó lo siguiente en el tronco de un roble añoso: *Sociedad Científica Argentina Lista, Moyano, García. 1878*”

RAMÓN LISTA

Los escritos científicos y personales de los naturalistas que concurrieron a la Expedición al Río Negro de 1879 muestran la relación que entablaron con las instituciones pero sobre todo, el estado de formación en que éstas se encontraban. Con la fundación en 1873 de la *Academia de Ciencias Exactas de la Universidad de Córdoba* por iniciativa de Sarmiento entonces presidente y la designación de Karl Hermann Burmeister como comisario extraordinario se contrataba a los primeros profesores alemanes. La Academia se fundaba para la propagación de los estudios de ciencias físicas y exactas y se constituía así como espacio de circulación de novedades con sus boletines especializados. Bajo el nombre de *Academia Nacional de Ciencias*, en 1878, se desligaba de las actividades universitarias aunque todos sus miembros seguían siendo profesores de la Facultad.⁶⁵

⁶⁵ Karl Hermann Burmeister nació en Prusia en 1807. Doctorado en medicina y en filosofía en la *Universidad de Halle* fue profesor de esa casa y de la *Universidad de Berlín*. Publicó antes que Humboldt su *Cosmos*, una *Historia de la Creación* y se la considera precursora de aquélla. Vino a la Argentina en los años 50 del siglo XIX y recorrió el territorio además de otros países del continente. Escribió *Viaje a los Estados del Plata*, que publicó a su regreso, en Alemania. En los años 60 ofreció sus servicios al gobierno argentino y Mitre y Sarmiento, que sabían de la fama del acreditado naturalista, lo convocaron inmediatamente. Como zoólogo y paleontólogo fue designado director del *Museo de Buenos Aires*. Y el primer director de la *Academia de Ciencias* de Córdoba. En 1864 inicia los *Anales del Museo Público de Buenos Aires*. Fue antidarwinista y sus polémicas con Florentino Ameghino resultaron muy representativas del clima de discusión intelectual y científica de la época. Murió en Buenos Aires en 1892.

Cuando se planifica la Expedición del 79, fue éste el espacio elegido para convocar científicos y naturalistas que acompañarían a la expedición. Tanto para la Academia como para los naturalistas, resultaría una experiencia convocante. Para los científicos, porque la Patagonia representaba un espacio ideal donde encontrar variedades desconocidas o conocidas solo por su mención en Tratados y Manuales. Es cierto que los *tempos* de la itinerancia militar no se regían por los de la contemplación y recolección de especies naturales. Aún así el Ejército representará una posibilidad concreta –y además la única– de llegar a caballo a esos espacios alejados. Por su parte, para el Estado argentino la inclusión de científicos en las huestes expedicionarias confería una impronta moderna y napoleónica al Ejército y a una guerra cuya necesidad todavía debía argumentarse y defenderse políticamente.⁶⁶

El encuentro entre los científicos de la academia por un lado, y los estrategas y expedicionarios del ejército por el otro, así como el relato de la propia experiencia expedicionaria será narrado en diarios de viaje que, sin embargo en la historia de la Ciencias Naturales en la Argentina no parecen haber tenido un gran impacto.⁶⁷

Primaba en el espíritu de los estatutos y de los discursos inaugurales de las instituciones científicas de la época la convicción de que “se había ingresado en una edad que rompía con el pasado” (Terán, 2000, 16).⁶⁸ Los modelos de investigación más fuertes de la época eran por un lado, la universidad francesa –consistente en escuelas profesionales y establecimientos de investigación– y por el otro, la universidad alemana (enciclopédica y humanista). Ambas culturas finiseculares, la científica y la estético-espiritualista resumían el clima de época (Terán, 2000, 75). Pero la idea de una expedición que debía ser también científica tenía su modelo en la expedición napoleónica a Egipto realizada en 1798. Napoleón Bonaparte había llevado un número

⁶⁶ Los especialistas o expertos van a ofrecer instrumentos provenientes de ámbitos académicos para sustentar las acciones del Estado. Por su parte el reconocimiento de los saberes por parte de las instituciones estatales contribuirá a legitimar socialmente y a dar autoridad científica a esos especialistas. Véase el prólogo a Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (compiladores) *Intelectuales y Expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2004.

⁶⁷ Las lecturas de *Historia de la Ciencia en la Argentina* de José Babini así como de *Ciencia, Historia y Sociedad en la Argentina del siglo XIX* de Marcelo Monserrat y de *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)* de Oscar Terán permiten reconstruir el clima de época y los aportes realizados. Ninguna de estas obras registra el trabajo de la Comisión científica de la Conquista del Desierto, integrada por los científicos alemanes, como un aporte relevante de la historia de la ciencia argentina. Aun cuando estos mismos estudios destacan el aporte de Ramón Lista o de Francisco Moreno en expediciones posteriores a las de Roca.

⁶⁸ Esta idea era parte del discurso que el mismo roquismo había construido para legitimarse. Véase Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000. Pág. 16.

considerable de científicos (“sabios” era la denominación de la época) que formaban parte del Instituto de Francia, con la finalidad de que estudiaran antigüedades y riquezas naturales y recolectaran objetos naturales y muestras artísticas para ser enviadas a la metrópolis.

El proyecto de Roca no podría seriarse con el de ese instituto, como señala Julián Cáceres Freyre⁶⁹, porque Roca no había emprendido la conquista de un país enemigo para explotarlo como colonia sino que marchaba a ejercer derechos de soberanía nacional argentina frente a los reclamos de política limitrofe de Chile. Sin embargo, algo del espíritu de aquella expedición a África que está inscrita en el ideario de la guerra prusiana sistematizada por los tratados de Von Clausewitz y de Von Moltke puede asignarse al plan de contratar científicos que concurrieran a una expedición de recuperación territorial.⁷⁰

Roca estaba convencido –según decía por influencia de Sarmiento–, de la necesidad de llevar a la expedición profesores competentes de los diversos ramos de la ciencia. Pensaba que éstos serían indispensables para la determinación de los lugares y para la división de la tierra así como para hacer estudios hidrográficos y geológicos y algunas investigaciones de Historia Natural. Estanislao Zeballos era uno de los que sugería, para la futura expedición, nombres de naturalistas que estuvieran preparados “en los conocimientos generales de los tres reinos de la naturaleza”. La necesidad de comisiones científicas producirían obras escritas que junto con las memorias de los comandantes de los cuerpos del ejército constituirían la gran obra sobre el acontecimiento.⁷¹

⁶⁹ Cáceres Freyre, Julián, “Los científicos en la expedición militar del General Julio A. Roca de 1879” en *Logos. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1979.

⁷⁰ Graciela Silvestri explica que este tipo de guerra “moderna” implicaba una alianza de ciencia, técnica y aparato militar. Véase su comentario a *La Zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores* (2005) de Vanni Blengino, en *Revista Prismas*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

⁷¹ “La expedición al Río Negro debe ser auxiliada por un cuerpo de geógrafos y de hombres de ciencia que constituirán el verdadero Estado Mayor General del Ejército. Cada división podría llevar dos o más geógrafos, encargados de las observaciones correspondientes a su camino y a los territorios laterales. Llegadas las columnas expedicionarias a su destino, el cuerpo de geógrafos convenientemente escoltado debería retroceder a la pampa dividiéndola en zonas y encargándose cada comisión de las observaciones geográficas de una zona. En Buenos Aires, debería existir una oficina central del Director del cuerpo de geógrafos, quien recibiría los datos de las diferentes comisiones, procediendo a construir la primera carta general de la pampa, fundada en las observaciones de la ciencia. Por otra parte, cada columna expedicionaria podría llevar dos naturalistas suficientemente preparados en los conocimientos generales de los tres reinos de la naturaleza, para estudiar la Zoología, la Mineralogía, la Fauna, la Flora y el Clima de las comarcas recorridas. Los trabajos de las comisiones científicas, y las memorias de los comandantes de los cuerpos de ejército, formarían una obra importantísima y gloriosa, que podría titularse

Bien, en la Expedición del 79 esta presencia de especialistas estuvo representada por hombres claves: el topógrafo Manuel Olascoaga, los científicos Alfred Doering y Pablo Lorentz y el ingeniero Alfred Ebelot.

Manuel Olascoaga (1835-1911) fue secretario del Cuartel General y de la Primera División de Operaciones de Roca. Nacido en Mendoza en 1835, ingresó al ejército en 1852. Unos años más tarde fue designado jefe de la frontera sud de Mendoza donde a raíz de un incidente militar huyó a Chile y trabajó como periodista. En 1867 y como resultado de exploraciones al sur de ese país confeccionó un mapa de Chile que fue usado para la enseñanza de la geografía. Como cartógrafo y periodista, en 1869, el Jefe de frontera de Chile lo convocó para realizar un plano de la Araucanía y resultó aquella una etapa de gran aprendizaje para el futuro topógrafo de la conquista. En esa época también realizó croquis. Cuando Roca era Jefe de Frontera de Río Cuarto, en 1876, Olascoaga le presentó un informe sobre el problema de la frontera lo cual sumado a sus antecedentes como periodista crítico del plan defensivo de Alsina, hará que Roca lo designe posteriormente como secretario y topógrafo oficial de la expedición al Río Negro. Ingresar al Ejército para la Expedición del 79 supuso para el mendocino una reincorporación que lavaba su pasado.⁷² El resultado de esa participación será el *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro* publicado en 1880 por primera vez, financiado por el gobierno nacional, premiado por el Congreso de la Nación, traducido luego al francés y al italiano y premiado por el Congreso Internacional de Geografía en Venecia.⁷³ Una vez terminada la campaña, Olascoaga fue designado jefe del Departamento Topográfico Militar y posteriormente primer gobernador del Territorio del Neuquén y fundó en 1877 la localidad de Chos Malal. Años más tarde y ya como una de sus últimas obras, en 1901 publicó su

Historia militar y científica de la Expedición al Río Negro, dividiéndola en cuatro tomos, una para los trabajos de cada columna expedicionaria. Cada volumen contendría: 1º, la memoria sobre las operaciones militares, 2º, el informe y carta parcial de los geógrafos, 3º, las descripciones de los naturalistas". Véase Zeballos, Estanislao Severo, (1878), *La Conquista de Quince Mil Leguas. Estudio sobre la traslación de la Frontera Sur de la República al Río Negro*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

⁷² Olascoaga formó parte también de expediciones posteriores y fue además el primer gobernador de Neuquén.

⁷³ Una nota titulada "La República Argentina en la Exposición de Geografía de Venecia" en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* explica el sistema de premios y la obtención de varios de ellos por parte de las obras argentinas. El trabajo de Olascoaga obtiene el Primer Premio y una medalla de oro junto con *Viaje a la Patagonia Austral* de Moreno que obtiene el Segundo premio y una medalla de plata y junto con la "Carta de la Patagonia y Relación de viaje" de Carlos Moyano quien a pesar de recibir la medalla de oro renunció a ella para votar como Jurado. (*Boletín del Instituto Geográfico Argentino*. Tomo II. Cuaderno II. Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico a Vapor de La Prensa, 1881, Pág. 96).

Topografía Andina que propuso un Plan de Desarrollo y Seguridad para la Patagonia. Murió en 1911.

Adolf Doering nació en Neu-Waake (Alemania) en 1848. Estudió Ciencias naturales y geología en la Universidad de Goettingen. Llegó a la Argentina en 1872 convocado por Karl Burmeister para trabajar en la Academia de Ciencias Exactas de Córdoba en donde desarrolló estudios de suelos, aguas y fotoquímica. Junto con él fundó, además, el *Boletín de la Academia* y fue catedrático de química orgánica y zoología. Fue decano de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Córdoba. Falleció en Córdoba en 1925. Pablo Lorentz nació en Sajonia en 1835. Estudió en la Universidad de Munich. Su tesis doctoral fue el primer estudio biogeográfico que se conoce. Llegó a la Argentina contratado por la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba –seleccionado por Burmeister– como Profesor de botánica. Trabajó junto con J. Hieronymus. Dictó clases en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay. Su *Cuadro de la Vegetación de la República Argentina* fue el primer escrito fito-geográfico que se conoce en el país. Realizó expediciones a la Mesopotamia y al Chaco. Murió en Concepción del Uruguay en 1881.

También participaron los ingenieros Jordan Wisocki y Francisco Host.⁷⁴ Como señala Graciela Silvestri, las profesiones cuyos saberes técnicos eran indispensables para la consolidación y defensa del territorio nacional definirán los caminos de la cartografía, que separada del mundo de los

⁷⁴ Francisco Host nació en Alemania en 1822 y formaba parte de la nobleza prusiana, se graduó de ingeniero de minas en su patria. Llegó a la Argentina en 1850, se radicó en Salta y se dedicó a cateos de minas y a estudios topográficos y geológicos. En 1867 asumió la jefatura de policía de Salta y en medio de la ciudad indefensa para contener el avance de la invasión de las montoneras de Felipe Varela, preparó él mismo, junto con el ingeniero italiano Aimó, la pólvora que usaron los defensores, entre los cuales se contaban algunos veteranos de la Guerra de la Independencia. Efectuó estudios sobre minas en Catamarca, Tucumán, Jujuy y Salta, analizando y descubriendo minerales y yacimientos. Realizó también investigaciones arqueológicas y paleontológicas, sobresaliendo como geógrafo, por lo que la Comisión provincial de la Exposición Nacional de Córdoba le encomendó redactar una Descripción de la Provincia (obsérvese cómo otra vez el encargo resulta el mecanismo por el que se producen las obras) que imprimió en folleto en 1874 y que fue parte de los tomos oficiales de la exposición. Incorporado al Ejército Argentino, el presidente Avellaneda, en 1879, designó al mayor Host en el equipo de ingenieros militares que acompañaría al general Roca a la Expedición al Río Negro. El científico alemán efectuó reconocimiento de los ríos Limay y Neuquén en misión oficial. También realizó estudios sobre límites en la Puna de Atacama, aportando antecedentes para sostener los derechos argentinos a esa región, en carácter de perito designado por el presidente Roca, en febrero de 1881.

ingenieros, se integra en la escala territorial a los organismos burocráticos de las Fuerzas Armadas.⁷⁵

En carta al ministro de guerra Julio A. Roca, Adolf Doering escribe:

“Teniendo conocimiento de la gran expedición proyectada para asegurar las fronteras, me dirijo a VE a nombre de la Academia, con el propósito de hacer presente a VE cuán interesante sería para la ciencia y provechoso para el país, si fuese posible formar colecciones zoológicas, botánicas y mineralógicas de los objetos nuevos que indudablemente deben encontrarse en esas regiones desconocidas que, por primera vez, van a explorar las columnas expedicionarias. Para el tiempo de las vacaciones, los miembros de la Academia, que a la vez son profesores de la Universidad tienen su itinerarios trazados, y debiendo empezar nuevamente en marzo los cursos de la universidad, con todo sentimiento no podrán formar parte de la expresada expedición, pues a pesar del interés que tendrían en acompañarla, seguros de los buenos resultados que se obtendrían, ninguno de ellos se atreve a pedir licencia al Ministro de Instrucción pública. Si no hubiere inconvenientes para que fueran coleccionados los objetos raros que se encuentran y VE se sirviera hacer indicaciones a este respecto a los jefes de esta expedición, con ello se haría un gran servicio a este país, como también a la ciencia, enriqueciendo a la vez los museos nacionales y dando a conocer especímenes de animales, plantas o minerales que tal vez solo en aquella parte de la pampa pueden encontrarse.”⁷⁶

Como cabía esperarse las licencias fueron otorgadas y la Comisión Científica se constituyó agregada al estado mayor del Ejército expedicionario y estuvo integrada por Pablo Lorentz, como botánico, Adolfo Doering, como zoólogo y geólogo, Gustavo Niederlein como ayudante de botánica y Federico Schultz como preparador en zoología.⁷⁷

Un volumen de los resultados científicos del viaje fue publicado por el Ministerio de Guerra en una obra en tres entregas con el título: *Informe oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia) realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879 bajo las órdenes del Gral. Don Julio A. Roca*. Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y

⁷⁵ Graciela Silvestri, “Errante en torno de los objetos miro. Relaciones entre artes y ciencias de descripción territorial en el siglo XIX rioplatense”. En *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Compiladores Graciela Batticuore, Klaus Gallo, Jorge Myers. Buenos Aires, Eudeba, 2005.

⁷⁶ Carta incluida en *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*. Prólogo de Clodomiro Zavalía, Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca, 1939.

⁷⁷ Gustavo Niederlein fue luego director del Museo de Filadelfia.

Martínez. Se trataba de un volumen de 530 páginas adornadas con 16 láminas y que constituyó también el tomo III de las Actas de la Academia Nacional de Ciencias. La obra se publicó en tres entregas sueltas consecutivas.⁷⁸

La obra se presentaba como revisada y chequeada. Se exhibían los nombres de los científicos que participaron como el Dr. Brackebusch, Villegas, Zeballos, Ameghino, Moreno, Aguirre, Host, Buratovich, Wyscki y Rohde quienes habían enviado datos o colecciones y se hacía un reconocimiento especial a Ladislao Holmberg “quien revisó manuscritos y pruebas”. El *Informe oficial de la comisión científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro*, no llegó a incluir los diarios de viaje que –en forma de anotaciones– llevaban sus integrantes. Recién en 1916, en el tomo XXI del Boletín de la Academia, se los publicó en una sola relación general. En rigor, se trataba de dos libretas de apuntes de los naturalistas profesores (sus ayudantes no habían intervenido en esos escritos). Bajo el título de *Recuerdos de la excursión al Río Negro (1879)* fueron reproducidos por la Comisión de Homenaje al Gral. Roca en 1939. Estos recuerdos se inician el 15 de abril de 1879 y llegan hasta el 7 de mayo de ese mismo año y describen el viaje de Azul al Fortín Carhué. Si bien se trataba de diarios de expedición funcionaban también como documentas científicos porque la materia y los hechos pertenecientes al mundo de las ciencias naturales era sometido a los rigores de una representación en la que había que resolver presentación, ornamentos, escenografías, comentarios.

Durante la expedición se publican cartas de Pablo Lorentz dirigidas a Victorino de la Plaza, entonces ministro de Hacienda. Una de ellas dice:

“Los campos son inmejorables, Excmo. Señor ¡Qué riquezas inmensas posee, sin saberlo, la República Argentina! ¡Qué porvenir el que le espera! Conozco una gran parte del norte de Alemania, reinado de Prusia. Cualquiera sabe qué papel ha hecho ese Estado en la historia de los últimos siglos; y, sin embargo, ¡qué pobres, qué estériles son, en gran parte, aquellos terrenos donde también hay grandes planicies!”⁷⁹

⁷⁸ Entrega I, 1881, *Zoología* por el Doctor Adolfo Doering en colaboración con los Dres. Carlos Berg, Eduardo Holmberg y F. Lynch Arribalzaga (168 páginas y 4 láminas). Entrega II, 1881, *Botánica* por el Doctor Pablo Lorentz y Gustavo Niederlein (120 páginas y 9 láminas). Entrega III, 1884, *Geología* por el Dr. Adolfo Doering. Formaciones paleozoicas y cenozoicas (primera parte) Formaciones guaranítica, patagónica y araucana (233 páginas).

⁷⁹ Incluida en *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*. Prólogo de Clodomiro Zavalía, Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca, 1939.

Otras cartas enviadas al Ministro y publicadas en el periódico *La Tribuna*, escritas en Choele- Choele ofrecen comentarios a los estudios consagrados sobre la naturaleza.

“El renombrado naturalista Darwin, que ha viajado por tierra desde Carmen de Patagones hasta Bahía Blanca, expresa su impresión en las siguientes palabras: ‘La maldición de la esterilidad pesa sobre estos distritos, y los ríos que corren sobre un lecho de cantos rodados, participan de ella’. D’Orbigny usa palabras análogas. ¡Qué más natural, entonces, que la suposición de que todos los distritos comprendidos entre los ríos sean de naturaleza idéntica! Debo confesar que, guiado por apreciaciones tan competentes como las de Darwin y D’Orbigny, profesé la misma creencia. Y, sin embargo, nada más erróneo. Habiendo subido hasta la altura bastante insignificante, de la barranca nos encontramos en una meseta poco elevada y ondulada, que ofrece a los carros un buen camino. Está cubierta con matas de poca altura y poco espesas, y entre éstas crece el pasto fuerte más rico y exuberante que imaginar se pueda. Los distritos más ricos de la provincia de Córdoba apenas pueden compararse en cuanto a riqueza de pasto, con estos campos. Afirmando que estos campos de la temida travesía entre los dos ríos, tienen un gran porvenir para el pastoreo.”⁸⁰

Ambas cartas muestran los dos ejes que articulan la posición de la escritura científica: por un lado, las intervenciones de un estado en la conquista territorial, tanto en el modelo prusiano –cuyos resultados, sin embargo se muestran como magros– como en el nuevo estado argentino –cuyas rústicas incursiones primerizas ya aseguran a los ojos del naturalista consecuencias extraordinarias–. Por el otro, la posibilidad de socavar la idea de que la Patagonia era desértica e improductiva y de revisar los mitos sobre la esterilidad y la maldición que las expediciones previas habían instalado en la Metrópolis y que habían sido asimilados por las propias elites gobernantes americanas.⁸¹

Gabriela Nouzeilles ha explicado cómo la Patagonia, luego de la expedición de Magallanes, se construyó –en la “imaginación geográfica imperial”– como una pura negatividad, como la última frontera y señala que el

Estado argentino tuvo que “reinventar la Patagonia” y cuestionar las ficciones imperiales que la representaban como un espacio inconquistable.⁸²

Si bien el Estado, al diseñar la Expedición del 79 parecía tener prerrogativas más vernáculas que globales, es evidente que los científicos de la expedición recogieron el guante de desafiar los mitos negativos sobre la Patagonia. Las imágenes de esa negatividad les eran familiares porque eran frecuentes en los tomos de ciencias naturales que leían con asiduidad, así como en los diarios de viajes y resultados de expediciones de conquista y colonización. También porque se habían formado en instituciones europeas en las que esos estereotipos sobre el sur argentino eran verdaderos topos significantes.⁸³ Cuando la Patagonia dejaba de ser para los científicos prusianos un espacio lejano del otro lado del océano se convertía en un espacio de investigación apasionante. Recorrerla a caballo podía resultar, además, un motivo de consagración profesional. De este modo, las apocalípticas profecías de Darwin repetidas por D’Orbigny perdían para ellos su carácter de verdad profética e incuestionable y podían dialogar con los gestores estatales ofreciendo revisiones de aquellas formulaciones consagradas.

Obsérvese, en particular en la carta de Doering que publica *La Tribuna*, cómo el uso de la primera persona “Afirmando que estos campos...” que funciona casi como un acto de habla, presenta una perspectiva a futuro, es decir abre posibilidades de pensar el espacio como un lugar posible y necesario.

Ramón Lista (1856-1897) era nieto de un coronel de Infantería que acompañó a San Martín, al General Paz y a Urquiza. Estudió en el colegio Nacional de Buenos Aires y luego terminó su formación en instituciones científicas francesas y alemanas entre 1875 y 1877. Su gran maestro fue el legendario Karl Burmeister. Fue jefe de comisiones exploradoras, investigador, profesor y funcionario. Sus viajes están relatados en 41 trabajos sobre geografía, lingüística, antropología y etnografía. Fue gobernador de Santa Cruz entre 1887 y 1892. En 1884 hizo un viaje a caballo de 3500 kilómetros para relevar la cuenca hidrográfica patagónica. También recorrió la Mesopotamia y el Chaco. Con su suegro Olegario Víctor Andrade fundó la *Sociedad Geográfica Argentina*. Lista no participó de la Expedición del 79 pero estuvo muy ligado a ella, no sólo por los numerosos trabajos que publicó como

⁸⁰ La carta está incluida en *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*. Prólogo de Clodomiro Zavalia, Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca, 1939.

⁸¹ También podría leerse en estas apreciaciones del científico, los ecos que la impronta norteamericana de poblamiento y cultura agraria había tenido sobre su imaginación: la tierra que dejaba de ser estéril y el granjero laborioso (figura clave en esa composición) como sujeto central en la constitución de una nación nueva y poderosa. Véase Leo Marx, *La máquina en el jardín. Tecnología y vida campestre*. México, Editores Asociados, 1974.

⁸² Gabriela Nouzeilles, “Patagonia as Borderland: Nature, Culture and the idea of the State”. En *Journal of Latin American Cultural Studies*. Vol. 8, N° 1, New York, 1999, pp 35-48.

⁸³ Esta imagen de tierra maldita aparece según Nouzeilles en varias obras significativas “an idea extensively popularized through colonial narratives such as those by Pigafetta and Sarmiento de Gamboa, and reinforced by observations made by scientific travellers like Darwin, among others, the Patagonia has thousands of miles of uninhabitable desert, with a coast slashed by endless storm, without secure ports, and traversed by the most savage tribes on earth” Nouzeilles, 39, *op. cit.*

resultado de sus expediciones antes, durante y después de aquel año sino también por las proyecciones internacionales que tuvieron sus obras, así como por las diversas funciones y cargos que ocupó. Sus obras no refirieron la tarea expedicionaria en sí misma, sino que la comentaron. Se trataba de libros que concentraron su interés en las cuestiones científicas. El conjunto de las obras compone un todo impactante porque incluye estudios y relevamientos científicos y etnográficos detallados y frondosos. Sin embargo, se trata de un conjunto caótico: sus trabajos, muchos de ellos breves porque obedecen al formato de los informes de los naturalistas como resultado del trabajo de campo, se yuxtaponen, quedan fragmentados, muchos párrafos se repiten en más de una obra o se publica el mismo texto con distintos títulos así como el mismo título con distinta versiones. Es muy difícil articular una ordenación coherente y el propio Lista no parece haberse interesado por ordenar con criterio unívoco el conjunto de sus escritos de investigación. Su orden remite más a un circuito que responde a las urgencias de publicaciones, conferencias, congresos y exposiciones que a un propósito epistemológico sistemático.⁸⁴ Versiones y re-escrituras obedecían a la demanda de publicación de Anales y Revistas de Sociedades científicas y podían ser adaptados *a posteriori* para Conferencias en Sociedades Geográficas o re-impresas para ser enviadas a Exposiciones Universales. Su *Viaje al país de los Onas*, por ejemplo, está publicado en 1887, dos veces: la primera por la Revista de la Sociedad Geográfica Argentina y la segunda por el *Establecimiento Tipográfico de Alberto Nuñez*. Está dedicado a Pellegrini y fue una expedición en Tierra del Fuego de 1886 financiada por el Sector de Estudios Hidrográficos del Gobierno de Roca.

Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia (1887-1880) cuya primera edición, en 1880 es de la Imprenta de Martín Biedma, está dedicado a la memoria de George Chaworth Musters, a Burmeister y a “mis amigos” Olegario Victor Andrade, Héctor Álvarez y Estanislao Zeballos. Se trataba de un viaje a la Patagonia central financiado por la *Sociedad Científica Argentina*. Estaba compuesto por dos libros: la segunda parte del *Viaje al País de los Tehuelches*, editado como *La Patagonia Austral* y la *Exploración de la Costa Oriental de la Patagonia*.⁸⁵

Con respecto al *Viaje al País de los Tehuelches* que Lista consideraba simplemente un “folleto”, “una relación sucinta de mis exploraciones en

la Patagonia Austral” se trataba del relato de un viaje que se había hecho en 1877 también con financiación de la *Sociedad Científica Argentina* (que presidía el entonces Ministro de Justicia Guillermo White). Decía que sus móviles habían sido los viajes de Cox, Musters y Moreno, la expedición de Moreno y Moyano y el aliento de Burmeister. Su publicación era contemporánea a la expedición. Algunos de aquellos escritos obtuvieron premios en la *Exposición de Venecia* antes mencionada. Los premios, a su vez, también impulsaban nuevas publicaciones.

Viaje al país de los Tehuelches había sido publicado en Buenos Aires en 1879 por la imprenta de Martín Biedma. Lista advertía, en marzo de ese año: “En el mes de julio próximo publicaré los resultados científicos de mi último viaje”. Estos resultados fueron publicados bajo el título *La Patagonia Austral*, editado en Buenos Aires por la imprenta de *La Tribuna*. Tenía 84 páginas y un mapa fuera de texto. Cuando Lista solicitó la cooperación de la *Sociedad Científica Argentina*, escribía a White:

“Vengo a comunicar a la *Sociedad Científica Argentina*, que estoy dispuesto a llevar a cabo dicho viaje, siempre que ella, mirando por su propio crédito y por la gloria del nombre argentino, quiera contribuir con la pequeña suma de 10.000\$ m-c., solicitando igual cantidad o mayor si es posible, del Gobierno Nacional. Comprendiendo que es muy justo hacer participe a la Sociedad de los resultados de mi exploración, dado el caso que ella acceda a mi petición, me obligo a escribir para ella la relación de mi viaje, y entregar a su Museo la mitad de los objetos que haya coleccionado” (Lista, 1879, 45)

La Comisión Directiva de la Sociedad aprobó por unanimidad y la Asamblea entregó la suma solicitada autorizando al propio tiempo al Presidente de la Sociedad para solicitar por escrito la cooperación del Ministro de Instrucción Pública. He aquí un circuito similar al de Zeballos pero con una diferencia: la demanda no se produce desde la institución hacia el sujeto sino desde el sujeto hacia la institución y se trata de dinero para realizar un viaje al regreso del cual se promete el libro que es el que la carta prologará.

Otra marca importante de los escritos de Lista es la escritura en francés para apostar a un mercado de lectores europeo y a un circuito que irá más allá de las fronteras nacionales. En este uso de una lengua extranjera para referir asuntos internos, en este pasaje que va de lo nacional a lo internacional podría leerse gran parte de la proyección cosmopolita que los autores científicos anhelaban para sus obras. La retórica científica era dúctil en ese pasaje idiomático, lo era —sin duda— mucho más que la política. Por ejemplo, *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia (1877-1880)* además de

⁸⁴ La editorial Confluencia, en su edición de 1998 ha intentado esa tarea y ha logrado producir un ordenamiento que da a los escritos legibilidad, lo cual resulta útil para poder acceder a una obra con poca re-edición justamente por estas características. Véanse los dos tomos de *Obras* de Ramón Lista, Buenos Aires, Confluencia, 1998.

⁸⁵ Fue re-editado tres veces: dos veces por Marymar en 1975 y en 1998 y en este último año también por Confluencia.

ofrecer un vocabulario tehuelche, citaba a Burmeister en francés, leía a Muster en inglés, citaba a Pigafetta en italiano, hacía alusión a una publicación de Burmeister en alemán, es decir ofrecía un circuito de idiomas que eran, por otra parte, los idiomas de la Europa científica.⁸⁶ Esa polifonía idiomática mostraba una discursividad científica que se sabía cosmopolita y que hablaba un lenguaje internacional despolitizado. Sus enunciados pertenecían más a ese circuito internacional que a las contingentes instituciones locales. La frontera interior, entonces, luego de la *Conquista del Desierto* ofrecía una representación que iba mucho más allá de las expectativas territoriales del estado-nación.

Los escritos del mítico Francisco Pascasio Moreno, “el perito Moreno”⁸⁷, si bien no eran parte de la producción de la expedición en sí misma estaban absolutamente vinculados a ella. Y resultaban un ejemplo muy significativo que ilustraba muy bien la relación con las instituciones. En los años previos sus obras brindaban información clave para el avance del Ejército en la zona de los lagos cordilleranos. En los años posteriores serán una voz de alerta sobre la discontinuidad de la conquista. Moreno fue demarcador de límites en 1881 e investigador y director del *Museo General de la Plata*. Recorría “regiones apenas pobladas, poco conocidas, y generalmente denigradas” y “que al ser por primera vez aprovechadas por el hombre, no lo son por los que más las harán producir por el esfuerzo de su trabajo en beneficio del engrandecimiento de la nación”.⁸⁸ El esfuerzo por sostener una mirada crítica luego de la avanzada expedicionaria del 79 se hace evidente.

⁸⁶ Para pensar la *Trilogía* escrita por Estanislao Zeballos en esos mismos años, Ángel Tuninetti hace una anotación en la que describe el alcance de la lengua: “La lengua, al igual que las reliquias que Zeballos extrae de las tumbas o de las tolderías que abandona, pertenecen al mundo de la investigación científica, mientras que el contacto real con los indígenas pertenece al mundo de la lucha política por exterminarlos (...) El cronotopo científico reproduce el cronotopo político” (“Escribir en los árboles, escribir en la arena: Viaje al país de los araucanos de Estanislao S. Zeballos” en *Nuevas tierras con viejos ojos. Viajeros españoles y latinoamericanos en Sudamérica. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires, Corregidor, 2001).

⁸⁷ El “perito Moreno” debe su celebridad a una operación posterior (más que a su biografía en vida), de la autoritaria *Liga Patriótica* encabezada por Manuel Carlés, en las décadas del 30 y 40 del siglo XX. Es a partir de ella y no de su protagonismo (indiscutible pero no mayor que el de tantos otros expedicionarios) que su figura se proyectó como el explorador legendario casi único, representante de los “sanos” *boy-scout*, idealista y desinteresado defensor de la naturaleza anexada. (Agradezco este aporte a Irina Podgorny en mi defensa de tesis doctoral).

⁸⁸ Moreno, Francisco Pascasio, *Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz (con un plano y 42 láminas)*, La Plata, Talleres de Publicación del Museo de la Plata, 1897. En ese mismo año se publica una edición en francés: *Notes Préliminaires sur une excursion aux territoires du Neuquén, Río Negro, Chubut et Santa Cruz*. Buenos Aires, Musée de la Plata. Ateliers de publications du Musée, 1897. Los

“En esos veinte años había desaparecido el indio indómito, ya no existían fuertes ni fortines que se opusieran a sus depredaciones, y donde se levantaba antes la toldería, donde había sufrido y soñado para olvidar penurias, se alzaban pueblos (...) deseaba ver todo eso y darme cuenta si lo obtenido era lo bastante, si el esfuerzo hecho correspondía a la conquista alcanzada sobre el salvaje, y sentirlo por mí mismo, comparar el pasado con el presente y apreciar si el progreso soñado existía en realidad o estaba retardado y por qué causas”⁸⁹

La obra que contiene fotos de paisanos, lagos, ríos, presenta no sólo la impresión personal de Moreno sobre el territorio recorrido en 1896, sino también y principalmente el extracto de las observaciones hechas por sus colaboradores. Moreno denunciaba problemas cartográficos: los lotes que asignaban tierra fiscal no se correspondían con el plano oficial y la división y ubicación de la tierra pública en territorio nacional no tenía planos rigurosos. Decía que el Atlas de las Colonias Oficiales –confeccionado por el Departamento de Tierras, Colonias y Agricultura– era pésimo.

De este modo, la escritura del científico, aunque oficial y financiada por instituciones estatales, comenzaba a mostrar los ribetes oscuros de la avanzada militar y del proyecto expedicionario que había sido impuesto.

Los indios no tienen cura. Antonio Espinosa, el Arzobispo Aneiros, los salesianos

La representación de la Iglesia en la Expedición del 1879 estuvo dada por la presencia del provisor y vicario general de la Arquidiócesis de Buenos Aires: Antonio Espinosa, autor de un escueto diario de viaje y de crónicas enviadas al periódico *La América del Sur*.

Recién en 1939, la *Comisión Nacional Monumento al teniente general Julio A. Roca* publicará un libro titulado *La Conquista del Desierto* prologado y anotado por Bartolomé Galíndez que contiene: el relato del primer viaje del vicario (un viaje a Carhué y Patagones, en barco que naufragó y que obligó a su tripulación a volver a Buenos Aires sin haber llegado a destino), el viaje de la Expedición al Río Negro de 1879, otros relatos de viaje de misiones posteriores hasta 1884 y las crónicas para el periódico enviadas desde el Cuartel General de Roca.⁹⁰

preliminares son los viajes realizados entre 1875 y 1880 y las ediciones incluyen también el viaje de 1896.

⁸⁹ Moreno, 1896, *ibidem*.

⁹⁰ *La Conquista del Desierto. Diario del Capellán de la Expedición de 1879 Monseñor Antonio Espinosa, más tarde Arzobispo de Buenos Aires*. Prólogo y notas de Bartolomé Galíndez. Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca, 1939.

Estas últimas son cartas que como corresponsal expedicionario Espinosa se había comprometido a enviar. Fueron publicadas por el diario *América del Sur* el 28 de mayo y el 4 de julio de 1879. Ambas muy breves trataban de desarrollar lo que en su diario aparecía como una pura consignación episódica. El relato escueto y de oraciones telegráficas, e impregnado del estilo “parte de campaña” (Viñas) mencionaba los episodios vividos en el itinerario, las personas que intervinieron, el clima y los avatares del traslado sin hacer ningún tipo de comentario subjetivo o personal. Con cierta obsesión numérica, el vicario va consignando: número de bautismos, número de casamientos, número de confirmaciones, número de horas, número de leguas, número de día, número de año, número de oficiales, número de caballos.⁹¹

Esta escritura institucional –casi un informe estadístico aunque rudimentariamente cuantitativo– que consigna además todas las comunicaciones telegráficas o epistolares con el Arzobispo Aneiros en Buenos Aires, no será conocida hasta la edición de 1939, puesto que la escritura pública de Espinosa será la que aparece en el periódico y no su diario de capellán que se publicará muchos años después cuando la expedición sea sólo un recuerdo complicado. Su función como discurso institucional eclesiástico cumple más funciones en las décadas del 30-40 del siglo XX –en la que viene a rememorar la función tutelar que la iglesia se asignaba frente a los “salvajes del desierto”– que, en los años en los que la expedición se desarrollaba en los que la necesidad de ese tutelaje no debía ser probada o justificada: era un hecho consumado.

Las crónicas enviadas a *América del Sur* ensayaban una escritura más entretenida con adjetivos y descripciones que quería parecerse a las descripciones literarias de paisaje y a las narraciones que buscaban contar la travesía y en las que aparecían relatos de campaña ya referidos por otros autores de la expedición tales como el ahogo en el río del joven soldado La Cuesta. Asimismo, Espinosa aprovechó el espacio de la escritura para comunicar una queja –que fue también muy habitual en los salesianos, en los científicos, en el periodista y en el fotógrafo de la expedición– el ritmo exclusivamente militar de la marcha y de la expedición en general resultaba demasiado rápido y expeditivo percibido desde los expedicionarios no militares que esperaban otras cadencias y paradas más largas, de acuerdo a sus prerrogativas evangelizadores, científicas o estéticas.

⁹¹ La obsesión numérica continúa en los relatos posteriores a 1879 y hasta por momentos colapsa: “Un negrito de nueve años, preguntado cuántas eran las personas de la Santísima Trinidad, respondió que veinte” 13 de febrero, Misión a la Patagonia en 1880. *Ibidem*.

Antonio Espinosa no fue el único religioso de la primera columna expedicionaria: viajaron con él dos salesianos venidos de Italia: Giacomo Costamagna y su acólito Luis Botta Mientras que Espinosa era la persona que el Arzobispado de Buenos Aires designaba para enviar a la Expedición oficial, la llegada de los salesianos desde Turín a Buenos Aires obedecía a otros motivos: era concebida como una respuesta a los sueños del fundador de la orden Juan Bosco, quien había tenido visiones oníricas en las que aparecía la necesidad de evangelizar a salvajes de territorios lejanos.⁹²

Giacomo Costamagna no escribió más que cartas a su superior Juan Bosco que ese mismo año fueron publicadas por el Boletín Salesiano.⁹³ Los salesianos no querían ir con el Ejército – en el sueño de Don Bosco los salesianos no viajaban por América siguiendo a los Ejércitos– pero la Expedición del 79 era la única posibilidad efectiva que se les presentaba de llegar a las almas irredentas. Si bien el puerto de Buenos Aires estaba muy lejos de Turín, no había allí salvajes sino criollos y una comunidad italiana cada vez más numerosa. Para la tarea evangelizadora aún había que desplazarse unos cuantos kilómetros y a fines de la década del 70, sólo el ejército tenía una tecnología apropiada para ese desplazamiento. No había otras posibilidades de dar con ellos dado que los salvajes no sólo no se encontraban en Buenos Aires sino que, además, en las geografías oníricas aparecían todos juntos y en los páramos patagónicos aparecían todos dispersos porque eran nómades y por el efecto de avanzadas anteriores en las que el exterminio mostraba ya sus primeros resultados. Los 108 sueños de Juan Bosco pueden leerse en sus *Memorias*, compiladas por Giovanni Battista Lemoyne, Angelo Amadei y Eugenio Ceria. En aquellos sueños el salesiano veía que debía enviar a algunos miembros de la congregación salesiana a tierras lejanas para salvar las almas de los salvajes.⁹⁴ La Patagonia se presentaba como un lugar apropiado para ser evocado por una misión. Esa representación como espacio del fin

⁹² La tercera división de la Expedición de 1879, por su parte, llevaba como capellán al franciscano Pio Bentivoglio. Véase Racedo, Eduardo, (1881) *La conquista del Desierto. Memoria militar y descriptiva de la Tercera División Expedicionaria*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1965.

⁹³ “Carhué. Deserto dei Pampas”. Julio de 1879 en *Bolletino Salesiano*, Año III, Número 7. Turín, 1879. Así como “Carta a Don Bosco. Carhué, 27 de abril de 1879” en *Bolletino Salesiano*, Año III, Número 10. Turín, 1879.

⁹⁴ “Tuve la sensación de encontrarme en una región salvaje y completamente desconocida. Era una inmensa llanura totalmente inculta en la cual no asomaban ni colinas ni montes. Sin embargo, en los lejanísimos bordes la enmarcaban escabrosas montañas”. Bogatello, citado en el valioso trabajo de Eugenia Scarzanella “Indios y Misioneros en Patagonia” en *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina, 1890-1940*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, que me permitió pensar la presencia de religiosos en las columnas del ejército expedicionario.

del mundo y tierra mítica –contra la que los científicos habían tenido que discutir– resultaba perfectamente funcional a las ensoñaciones del salesiano. Por otra parte, esas ensoñaciones se iban corrigiendo y aumentando con detalles tomados de atlas y manuales de etnografía y adquirían la definitiva forma de la acción cuando el Arzobispado argentino envió una carta a la Orden italiana solicitando misioneros para América. Porque si los sueños de Bosco tenían referencias concretas antropológicas o geográficas que podían ser aplicables a Argelia, Hong Kong, Australia o la India, cuando en 1874, la Arquidiócesis de Buenos Aires convocó a los salesianos a la Argentina se hizo evidente que las ensoñaciones de Bosco se referían a la Patagonia argentina.⁹⁵

Los sueños de Juan Bosco emulan una auténtica *ars politica* de conquista y colonización. A partir de 1875 en adelante llegaron a Buenos Aires diez salesianos conducidos por Giovanni Cagliero quien será el que va a hacer viajar, años más tarde, a Roma, al joven Ceferino Namuncurá, hijo de Manuel y descendiente de Callvucurá. Al momento de prepararse la Expedición al Río Negro, Cagliero, que era quien debía acompañar la expedición para ir al encuentro de los salvajes soñados por el padre fundador de su congregación, regresó momentáneamente a Roma y lo reemplazó Costamagna.⁹⁶

De modo que Costamagna y su acólito Luis Botta se sumaron a la delegación sacerdotal integrada por el vicario Espinosa y decidieron aceptar las reglas del juego. A pesar de los legendarios modos en que estos hombres –los de la expedición y tantos otros misioneros salesianos que recorrieron la Patagonia– cruzaron a caballo ríos y montañas, fumaron tabaco, navegaron frágiles embarcaciones y estuvieron en peligro; no escribieron sus experiencias. Sólo las cartas de Costamagna publicadas por el *Boletín Salesiano* en Turín dan cuenta de aquello que parecía responder a los sueños de Bosco pero que resultaba también bastante diferente a ellos. Sobre todo por el hecho de que la presencia en Buenos Aires de una fuerte colectividad inmigrante italiana –y no los salvajes– podía ser el blanco de la tarea de evangelización. Existen sí biografías sobre estos aventureros pero no relatos experienciales en primera persona.⁹⁷

⁹⁵ Eugenia Scarzanella, *op. cit.* y también Vanni Blengino: “Los salesianos en la Patagonia. Muchos kilómetros y pocas almas” en *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

⁹⁶ Cagliero regresará luego a América y será nombrado vicario apostólico de la Patagonia Septentrional. Su colega Giuseppe Fagnano fue prefecto apostólico de la Patagonia meridional y de la Tierra del Fuego.

⁹⁷ Según Scarzanella esas biografías escritas para chicos de escuelas y oratorios fueron un “sucedáneo edificante de los folletines laicos seriales”. Estas biografías aparecen en Italia entre 1920 y 1960. (Scarzanella, *op. cit.*)

Ahora bien, los informes de Costamagna a Don Bosco han sido estudiados por Eugenia Scarzanella y por Vanni Blengino. Éste último señala que el salesiano mostraba una distancia de la perspectiva de pensar la expedición como una prerrogativa de la civilización. Se apoya tal vez en el carácter de estos escritos que se construyen a partir de la experiencia *in situ* y de las prerrogativas oníricas de Bosco, a diferencia de otros textos de esta narrativa cuyas pulsiones ficcionales están ligadas a los imperativos políticos de la Argentina de esos años. Sin embargo, también se impregnan de una retórica castrense “Comenzamos entonces a abrir el fuego sobre toda la línea: instrucción a los muchachos más grandes, instrucción a las mujeres indias, instrucción a los soldados indios”⁹⁸

En el período post-expedicionario, la intervención de la iglesia fue crucial. Buques de 300 y 400 indios prisioneros aborígenes (que incluían mujeres, niños y ancianos) fueron enviados a Buenos Aires. La isla Martín García –bajo comando militar– fue el lugar elegido para que estos indios permanecieran, en una primera etapa. La mayor parte de los indios que llegaban a Buenos Aires estaban infectados de viruela a causa del hacinaamiento en ultramar.

En los años 80 del siglo XIX, Martín García se convirtió en un verdadero infierno y los reclamos políticos parlamentarios no tardaron en llegar. Los indios allí enviados no podían convertirse en fuerza de trabajo, como pedía la lógica post expedicionaria: morían antes de hambre o de inanición. Una vez más, como tantas otras en la Argentina del siglo XIX, el Gobierno no había tomado las precauciones del caso y así como la inserción de los inmigrantes se convertía en un problema creciente, así también la presencia de los indios patagónicos en la isla Martín García acompañaba ese malestar. Va a ser la Iglesia la institución a la que Roca le asignará la tarea (la correspondencia Roca- Aneiros da cuenta de ello) para tomar cartas en el asunto: Los sacerdotes lazaristas Revelliere y Birot serán destinados a asistir a los indios enfermos y transmitirles las enseñanzas del catecismo.

Cuando, una vez controlada la situación, los indios de Martín García comenzaron a encontrarse en condiciones más apropiadas, se los destinó a la ciudad para trabajar. En cuanto a las mujeres y los niños, las estrategias fueron de una crueldad extrema –de acuerdo a la moral sexual e higienista de la época–: a las mujeres y a los niños se los destinaba a trabajar como personal de limpieza en las casas de las familias tradicionales de Buenos Aires pero fragmentando los grupos familiares: separando madres de hijos, hermanos de hermanos, tías de sobrinos huérfanos. No todos los textos de

⁹⁸ Giacomo Costamagna, II informe publicado por el *Boletín Salesiano* en 1879. Citado por Vanni Blengino. *Ibid.*

este *corpus* y casi ningún estudio crítico posterior sobre la Conquista del Desierto –con la excepción del trabajo de Enrique Masés– consignan las escenas desesperadas en las que los gritos de los hijos y sus madres reclaman piedad en esta distribución de “esclavos”.⁹⁹

Por su parte la versión del topógrafo Olascoaga, oficial y triunfalista consignaba una imagen casi alucinada:

“En seguida Buenos Aires y otros pueblos de la Republica, como ratificación de las portentosas noticias, vieron llegar por centenares las emigraciones de prisioneros indios. Ver entrar humilde y juiciosamente a las ciudades aquellas muchedumbres de indios de todas las edades y sexos, distribuirse entre las familias, los establecimientos de educación y de industria, instalándolos inmediatamente en la vida civilizada era el espectáculo más satisfactorio y moralizador”¹⁰⁰

La entrada de los indios que describía Olascoaga, apelando a los tiempos verbales en voz activa, como si se tratara de voluntades deseosas, no tuvo su correlato real. Para el topógrafo, los indios no eran traídos: llegaban, no eran distribuidos: se distribuían, no eran instalados: se instalaban. En el abuso de la voz activa puede leerse un deseo de ratificar lo que ya varias voces disidentes denunciaban en Buenos Aires: indios sufrientes, destinados a una isla sucia donde se morían de viruela, que añoraban su tierra y para quienes trabajar en Buenos Aires suponía un desarraigo más que una solución. Los habitantes de la ciudad veían con espanto cómo “la barbarie” que antes de la conquista de Roca, se encontraba lejos y dispersa, venía ahora a hacerse presente en la ciudad y en el interior mismo de las casas familiares. Esos cuerpos representaban la derrota y la domesticación y sus rostros melancólicos de miradas duras mostraban qué significaba –en verdad– la utopía civilizadora.

En esa etapa fue Federico Aneiros, el arzobispo de Buenos Aires quien cumplió una “función humanitaria” no sólo para enviar sacerdotes, misioneros y –sobre todo– monjas¹⁰¹ a la Isla de Martín García sino también para impartir bautismos y cristianizar a los indios de Buenos Aires.¹⁰²

⁹⁹ Masés, Enrique, *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)*. Buenos Aires, Prometeo, 2002.

¹⁰⁰ *Estudio Topográfico de la Pampa y Rio Negro por Manuel J. Olascoaga*. Editores Ostwald y Martínez, Buenos Aires, 1880.

¹⁰¹ Fueron tres: Isabel Mercier, de la Casa Central, Delfina George de la Inmaculada Concepción y María de la Cruz Solórzano, mexicana (víctima de persecuciones religiosas en su país).

¹⁰² La comisión nacional de homenaje al teniente general Julio A. Roca, que había publicado los escritos de Espinosa, publica, en 1945 el trabajo que Santiago Copello titula *Gestiones del Arzobispo Aneiros. En favor de los indios hasta la conquista del desierto* realizado

Ahora bien, todo el protagonismo “evangelizador” que la Iglesia católica había tenido en el período expedicionario representado en las figuras del provisor Espinosa, de los salesianos venidos a la Argentina que se integraron la expedición así como del Arzobispo de la Arquidiócesis de Buenos Aires, en el caso de Federico Aneiros obedecía a un tipo de participación institucional diferente a la militar y a la científica antes descriptas. Se trataba de una cultura religiosa mundialista en relación con misiones evangelizadoras. Si bien puede asociarse esta cultura a la evangelización de la conquista y a la colonización de América, ofrecía diferencias importantes y se vincula a líneas de fuerza que se definen en el siglo XIX y no en la conquista espiritual de los siglos anteriores. La preocupación de Aneiros por la conversión de los infieles y por las misiones católicas entre los indios pampas fue siempre un proyecto que buscó apoyo y asesoramiento en el Papado de Roma en 1870 (en particular en el *Consejo Superior de la Propagación de la Fe*). De acuerdo a las prerrogativas que llegaban desde allí resultaba claro que el Consejo para la conversión de los indios al catolicismo tenía modelos extranjeros.¹⁰³

en base al legajo “El Arzobispo Aneiros y la conversión de los indios” del Archivo de la Secretaría del Arzobispado.

¹⁰³ Ya desde 1873 Aneiros tenía contacto con el más singular de todos los caciques de la Araucanía: Cipriano Catriel. En ese mismo año, habían venido sacerdotes europeos a Azul, especialmente lazaristas franceses: Fernando Meister y Jorge Salvaire. Meister puso escuelas y tuvo grandes esperanzas de redención de las “almas impías” pero comprobó que la tarea no era tan sencilla, escribió sobre la “afabilidad y atención extraordinaria con la cual el General y Cacique Cipriano Catriel y su familia nos recibe cada vez que vamos a visitarlo. El mismo cacique y su mujer me parecen tener alguna inclinación al cristianismo... El señor Catriel ya se interesa en las historias sagradas y mucho le gustan las explicaciones de varios artículos de la doctrina cristiana, sin embargo de aquí a la completa conversión hay todavía un largo camino.” En realidad, Catriel terminó rechazando la instalación de misiones para la instrucción cristiana alegando que el gobierno le sacaba tierras. Por lo cual buscaron otros indios (a través de la carta al Arzobispo) pero señalaron que seguirían con la escuela y trabajaron en la preparación de una gramática “sistemática y exacta (de la lengua pampa) con vocabulario que va a acabarse en poco tiempo, obra difícilísima porque ni entre los indios ni entre los cristianos se podía encontrar un maestro. En una oportunidad, Espinosa le escribe a Meister para que rescate cuatro cautivos de la tribu de Namuncurá (hijo de Callvucurá) en Salinas Grandes (Salvaire había devuelto a un cuñado de Namuncurá). Las cartas entre José María Salvaire y Manuel Namuncurá desde Salinas Grandes dejan entrever que los misioneros se asignaban una función mediadora entre los indios y el Estado de Buenos Aires. Sin embargo, Salvaire padece los avatares de la cultura de frontera: los vendedores de aguardiente harán circular versiones entre los indios de que el cura era un espía del gobierno y de que los iban a matar e iban a ocupar las Salinas Grandes. El gobierno termina no subvencionando a las misiones. Los sacerdotes culpan al gobierno por el fracaso de la evangelización (porque dicen que el gobierno no da garantías, y no tienen palabra, no produce confianza). Y se trasladan al sur, a Carmen de Patagones en busca de nuevas almas para la conversión a la fe.

Formado por integrantes de familias patricias de Buenos Aires, tales como Eduardo Carranza, Miguel Navarro Viola, Juan Anchorena, Luis Sáenz Peña, Jaime Llavallol, Caetano Cazón, Luis Frías, Victorino de Escalada, Tomás Armstrong, Felipe Llavallol, Pedro Pereyra, Francisco Chas, y canónigos: Juan Boneo, Mariano Rebollo, Félix Sánchez Celes, Juan José Alsina y militares como el general Benito Nazar mostraban que la práctica de la evangelización no se restringía sólo a la acción política y al programa estatal ni se filiaba acriticamente a las prédicas españolas de los sacerdotes de la conquista. Todo ese programa otorgaba a los miembros un diploma y se escribió un reglamento cuya función era dar consejos al arzobispado sobre la cuestión indios. Se votaba, se podían presentar proyectos, se subsidiaban con la recolección de fondos por parte de los miembros y el gobierno también aportaba dinero al Consejo. Los gobiernos buscaban –a través del Consejo– viabilizar proyectos de colonias agrícolas. Repartía tierras para formar centros de poblaciones para que los indios trabajaran la tierra y “tuvieran el estímulo de la propiedad”. Santiago Copello, transcribió documentos del Archivo de la Secretaría del Arzobispado en los que se contaban las desoladas historias de los indios en Buenos Aires, tal es el caso de “una niña de la tribu de Catriel que fue confiada a los esposos Manuel Delgado y Genara Bessa y su madre a la familia del Doctor Roberts”. Fue bautizada a los ocho años y llamada con el nombre de María y una vez fallecidos sus padrastros y cuando sus hermanastras ingresaron como monjas a la Congregación Religiosa de las Hermanas de la Merced del Divino Maestro, ella también se ordenó como religiosa. También las cartas del Legajo señalan que Révelliere pedía que “convendría que la autoridad militar no hiciera trabajar a los pobres indios el domingo y las fiestas” y explicaba que los indios no tenían ropa ni comida ni utensilios de cocina. “Seguimos siempre enseñando, bautizando, y de cuando en cuando sepultando. Los bautismos alcanzan hasta 386. Los *ladrones del paraíso* alcanzan hasta 81. Estos indios se mueren como han vivido. En la pampa se llevaban ganado, aquí en pocos días se roban el cielo. ¡Bendito sea dios y Vuestra Excelencia!”¹⁰⁴

¹⁰⁴ David Viñas sostiene que es necesario “distinguir la actividad de los misioneros respecto de la jerarquía eclesiástica y de los curas párrocos” Para Viñas estos últimos padecen el “burocratismo de las jerarquías”. Con respecto a los misioneros propone abandonar las “versiones vehementemente apologéticas” y denunciar los intereses de determinadas congregaciones en relación con la utilización de la mano de obra india y la explotación sobre los cuerpos a los que luego se les ofrece la salvación del paraíso. Viñas señala cómo la cultura misionera –aún en sus buenas intenciones y en las vocaciones de los misioneros y misioneras de buena voluntad y espíritu evangélico– la concepción de que el indio era una persona sin desarrollo intelectual que necesitaba tutelaje. Como señala Scarzanella (*op. cit.*) el primer encuentro con los bárbaros había sido posible para los misioneros salesianos gracias al poder político y militar. De modo que el encuentro de

Ceferino Namuncurá había nacido en Choel Choel en 1886, dos años después de que todo el ciclo que correspondía a la Conquista del Desierto había concluido. Descendiente del mítico Callvucurá, que dominó con rigor imperial y diplomacia araucana las Salinas Grandes durante gran parte del siglo XIX, hijo del no menos mítico Manuel Namuncurá, sucesor en la línea de mando “piedra azul” de Callvucurá –que gustaba fotografiarse con charreteras de uniforme militar– Ceferino fue llamado así por su padre quien había elegido ese nombre. Sin embargo, el salesiano Milanesio había elegido para él el nombre de Morales. La iglesia, que había sido tan generosa en ofrecerle escuelas y el viaje a Roma para su ingreso al seminario no había reconocido sin embargo la unión de sus padres. Manuel envió a su hijo a Buenos Aires para que se instruyera con los salesianos ya que la escuela militar –primer destino en el que había pensado– no entusiasmaba al joven y no parecía poder hacer mucho para la salvación de su tribu amenazada. Luego de esa estancia en Buenos Aires, los salesianos se lo llevaron a Italia: Turín, Roma y Frascati. En el Viejo Continente, Ceferino murió en 1905, a los 19 años, de tuberculosis.

Como muchas historias cruzadas en los relatos de la frontera, la historia de Ceferino resulta triste: fue indio entre los cristianos y cristiano entre los indios. De la angustia que le producía su doble identidad dan cuenta las cartas que enviaba desesperado desde el seminario de Roma a su padre. Si Ceferino hubiera sido santificado, no habría habido un final mejor para las ensoñaciones de Juan Bosco. Pero como en su corta vida no había habido escenas siquiera parecidas a milagros o revelaciones sino la atormentada experiencia de la doble extranjería, la santificación de Ceferino nunca llegó a producirse, lo que no impidió que, cuando sus restos fueron trasladados a la localidad patagónica de Fortín Mercedes en 1924, se convirtiera en objeto de culto popular. Se trataba entonces de un cuerpo entre dos mundos que, en rigor, no pertenecía definitivamente a ninguno. En la religiosidad popular que consagraba a Ceferino santo de los pobres y desvalidos, se había borrado la impronta de la doble identidad y había quedado en el olvido la muerte de un indio joven que buscaba un dios, inmolado en el cruce de fuerzas del progreso y la supervivencia.

A diferencia de Marco Polo, convocado en el epígrafe de Italo Calvino de este capítulo, Ceferino Namuncurá no pudo aprender a “hablar la lengua del emperador” y el emperador no pudo entender la lengua del extranjero.

los indios con el cristianismo se producirá siempre desde la autoridad. Sin embargo, en el caso de los salesianos –a diferencia de los jesuitas que los precedieron– la misión evangelizadora terminó operando más sobre los pioneros blancos de la Patagonia que sobre los indios tehuelches.